





Dora se va de vaca

Edinson Fierro Abalo

Modalidad: Literatura infantil

SANTIAGO DE CALI

SECRETARÍA DE CULTURA
GOBERNACIÓN DEL VALLE DEL CAUCA
PREMIO JORGE ISAACS 2018

Gobernación del Valle del Cauca

Dilian Francisca Toro Torres
Gobernadora

Edid Consuelo Bravo Pérez
Secretaria de Cultura

Catalina Rebolledo Borrero
Subdirectora Técnica

Dora se va de vaca
© Edinson Fierro Abalo

Jurado calificador Concurso Autores Vallecaucanos - modalidad literatura infantil
Irene Vasco, Alice Castaño y Beatriz Helena Robledo

Diagramación e impresión:



www.imprentadepartamental.gov.co

Dibujo carátula: Isabel Henao

ISBN: 978-958-48-5368-4

Todos los Derechos reservados de autor; queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin permiso de los editores o su autor.

Editor: Secretaría de Cultura Valle del Cauca
Edificio San Francisco, piso 2 - Tel. 886 00 63

Cali, Colombia, Diciembre de 2018

CONTENIDO

LA FAMILIA	9
EL ASUNTO	19
LAS PALABRAS DE DORA	16
LA VOTACIÓN	18
EL VESTIDO DE VIAJE	20
LA SALIDA	22
LA SALIDITA	24
LOS PRIMEROS PASOS DE DORA	26
DORA EN LA ESTACION DE POLICIA	29
LOS RECUERDOS DE DORA	31
RECUERDOS DEL BOSQUE	33
LOS HOMBRES	37
EL SEÑOR RÍO	39
LAS LUCIERNAGAS	41

EL ORIGEN	43
EL ABANDONO	45
VUELTA A LA CALLE	46
EL PLAN	47
ISABEL	50
LA DESPEDIDA Y LA SALIDA	53
EL ENCUENTRO	54
EL VIAJE	56
LA FIESTA	58
EL SHOW	61
EL MAR	63
EL MAR Y LAS GAVIOTAS	64
LAS PREGUNTAS DE DORA	66
LOS TRES DIAS	68
LA PROMESA	69
EL ENCUENTRO CON LA SIRENA	71
EL DRAGON MARINO	74
EL REGRESO	77
EL PUEBLO Y LA DESPEDIDA	79

Al niño que fui y aun reside en mí
A la imaginación de Yuri Sarej y Ana Sharon, mis hijas magas
A la complicidad de la maga mayor, Isabel
A mi nieto Martín
A Sergio y Julián
A mis hermanos, a mis amigos
A los niños y niñas del mundo
En memoria de Paquita, Esneda, y Reinaldo



LA FAMILIA

Un verdadero escándalo se formó en casa; un escándalo de proporciones “inmensas” como decía Juaco mi primo, cada vez que surgían contrariedades, discusiones o desproporciones en mi hogar.

“¡Esto es un “pandemónium”!” gritaba papá, yendo de un lado a otro en la inmensa sala en donde estaba congregada la familia. Mi familia la componían los tatarabuelos, los bisabuelos, los abuelos, los tíos, las tías, los primos, las primas, los sobrinos, las sobrinas y hasta perros, gatos, enseres, peroles, canarios, plantas, ¡ah!... y un curí que llamábamos Pepe.

La asamblea estaba en condiciones de deliberar. Todos murmuraban. Alzaban la voz más allá de lo recomendado por papá. Se enfrascaban en verdaderas batallas verbales,

Estaba bien que en nuestra casa ocurrieran cosas “imposibles” y estrafalarias para el resto de vecinos de nuestro barrio. Estaba bien, por ejemplo, que el tío Kazán, mago de profesión, apareciera y desapareciera como por encanto al hacer su truco del “hombre invisible”.

Estaba bien que él se esfumara por completo en el momento menos esperado y apareciera luego de mucho tiempo, sentado entre nosotros como si nada; como si apenas hubiesen transcurrido unos minutos desde su desaparición. En verdad, en ocasiones demoraba meses y hasta años en volver a tomar su forma en la familia. Pasaban años sin volverlo a ver. La última vez había aparecido en el bautizo de mi hermanita Karla, hacía ya diez años de eso y ni sombra de mi tío; ni sombra.

“En el mundo invisible, no importa el tiempo” nos decía cuándo aparecía de repente en nuestras rutinas o en algún funeral de la familia. “Yo no puedo controlar este encantamiento”, nos decía, al sentir las miradas de los parientes sobre su fugaz aparición.

El tío siempre llevaba puesta una capa roja, que le había confeccionado la tía Herlinda para que no anduviera “escaso de ropas”. Hay que recordar que el día en que realizó por primera vez su famoso truco, él estaba jugando con agua en la bañera de la casa, a quien todos llamamos la Gabriela.

Los vecinos lo vieron semidesnudo en la tienda, luego, en el parque y hasta la policía que lo capturó por “inmoralidad en la vía pública” lo vio desaparecer en el furgón de la radio patrulla, en un santiamén. Solo les quedo, para arrestar, su toalla con un dibujo de barquitos, nada más. Se esfumó.

Aunque hubo reseñas en algunos periódicos sobre el extraño fenómeno, nuestra familia siguió como si nada. Nos hicimos los de la “oreja mocha”. Así, que cuando alguien nos preguntaba por el tío Kazán, ese era su nombre artístico, cambiábamos inmediatamente la conversación y no decíamos ni “mu”.

También, estaba bien que, a la abuela, Betulia, le diera por levitar. Aquello era riesgoso para su edad, pero de un momento a otro la abuela la emprendía a grandes zancadas por el patio y caminaba por el aire hasta su alcoba. Todos nos reíamos y aplaudíamos. La abuela con casi ochenta años se paraba en la ventana y ¡zas! se iba de paseo entre el asombro de los vecinos, que empezaron a llamarla bruja.

Eso fue lo que me hizo pelear con Roque, mi vecino. Todo le permitía menos que le dijera bruja a mi abuela, Betulia, por el solo hecho de caminar entre el aire con la elegancia que siempre la caracterizó.

De ninguna manera veíamos que algo pudiera estar mal con el experimento que se le ocurrió al tío Oscar para cazar meteoros. Ese aparato si fue una verdadera tragedia para la familia. Al tío le dio por instalar el armatoste en la terraza de la casa.

En las noches cuando cazaba algún meteorito, el estruendo de su caída nos despertaba a todos. La casa retumbaba como movida por un terremoto. Todos corríamos -si uno puede correr semidormido-, hasta el patio.

Desde allí veíamos al tío Oscar vociferar entre el humo y los resplandores multicolores de aquella bola de fuego y roca, deslizarse por entre tubos y esferas de vidrio que el tío había ingeniado.

Terminaba convertida, aquella mole, en una bolita incandescente que parecía mirarnos. Al otro día corríamos a ver la maravillosa bolita y la encontrábamos convertida en un hermoso rubí que parecía tener como vida propia. Todos en casa comprendimos que lo más bello de la tierra proviene del cielo.

Yo solía acompañarlo de cuando en cuando en su impresionante cacería de meteoros. Preparaba el termo con café caliente y esperaba junto a él, durante horas. Nunca podré describir para nadie el momento en que cazábamos algún meteorito perdido.

Valga decir que en casa nos fuimos acostumbrando al estruendo que provocaban los meteoros al caer. Los vecinos furiosos ante semejante ruido nos demandaron en la estación de policía. A papá le tocó pagar multa y dar por terminado el experimento del tío Oscar. Aquel armatoste reposa aún en la sala de la casa. Hay días en que el recuerdo de aquel barrullo de fuego nos pone a todos nostálgicos. Extrañamos los meteoros.

Estaba bien que en nuestra casa ocurrieran semejantes cosas y muchas más que si las narrara no acabaría nunca. Además falta contar que en nuestra casa todas las cosas tenían nombres propios, porque las cosas de tanto usarlas, nombrarlas y quererlas, habían tomado una vida propia y nosotros habíamos encontrado la manera de comunicarnos con ellas. Así era mi casa. Así era mi familia.

Por eso, ahí estaba Belisario, el viejo sillón de la casa. Él había sido usado por primera vez por el tatarabuelo, Enrique, quien lo compró en un bazar. Belisario era respetado por todos y todos acudíamos a él cuando teníamos algún problema. Él siempre nos escuchaba sin ningún afán.

Cuando a tía Carmen se le extravió su rosa de oriente, que era el único recuerdo que le quedaba de su difunto esposo, Belisario la escuchó durante dos días seguidos. Entretanto, la casa se fue llenando de una música hindú, abundante arena y el olor de las especies orientales.

“El que te escuchan, hace que las cosas que guardas con nostalgia, miedo, temor o amor se materialicen”. Nos dijo Belisario cuando todos vimos a una pareja danzar entre nosotros.

Ella era hermosa y estaba envuelta en una túnica de un tul azul resplandeciente. Era la tía Carmen con cuarenta años menos, en la noche de bodas en la antigua ciudad de Omán. Vimos a los invitados y las viandas de comida con faisanes decorados. Vimos a los músicos, tocando sus arpas y laúdes.

Mi madre lloró todo el tiempo. Mi papá, conmovido hasta el extremo, nos abrazaba a todos. Luego de aquella confusión, la tía Carmen murió. La tía murió asistida por mi abuela, Paquita, que ungió el cuerpo de la tía con la rosa de oriente, que al fin apareció entre los libros de la biblioteca.

Aquel funeral fue una verdadera fiesta y los vecinos no comprendieron nuestra alegría. Murmuraban en nuestra contra por la desbordada sonrisa que nos acompañaba cuando nos acercábamos al féretro.

“Están felices quienes la reciben” nos decía mamá cuando empezó a repartir galletitas de soda con antipasto.

Por cosas como las de la tía Carmen, le teníamos respeto y cariño a Belisario. Le decíamos “el viejo Beli”, sobre todo yo, cuando me acostaba en su pana desgastada. Sentía su abrazo y su calor en todo mi cuerpo. Era sumamente reconfortante y esto lo animaba a uno muy adentro de sí mismo.

Había algo que nos sorprendía de Beli: que él nunca hacía juicios sobre nuestras actuaciones. Conservaba su serenidad a pesar de escuchar las más descabelladas historias. “Ese es su truco”, solía decir Gabriela, la bañera. Todas las generaciones, cuando bebes, habíamos chapoteado en sus aguas.

Ella era panzona y olía a talco de bebe. Tenía una voz ronca muy tierna. Juan, mi hermano, jugaba a imitar su voz y Gabriela, furiosa, se tiraba en el patio con la panza volteada. Todos íbamos y le cantábamos el estribillo de la gallina ciega. Empezaba a reírse y terminaba sacudida por su propia risa y con la panza para arriba. La llenábamos con agua para la felicidad de algún recién nacido. En casa siempre alguien estaba naciendo y también muriendo. La vida no daba tregua. Así éramos felices.

EL ASUNTO

Pero el asunto de hoy era el más extraño para toda la familia, en cientos de generaciones. El suceso que había congregado a la familia entera, con las cosas, chécheres, animales y demás, era verdaderamente inusual, aunque a mí, nada en casa me parecía del todo descabellado.

“Querida familia” dijo mi padre, con la voz enronquecida de tanto gritar.” Quiero comunicarles”, así prosiguió papá con un tono misterioso y lastimero, “que Dora, nuestra querida Dora... quiere ir...irse...irse” Repitió papá, tartamudeando. “Ella quiere irse de vaca...ciones” remató su frase y se arrojó sobre el viejo “Beli”. La proporción de la algarabía fue mayor. Un solo grito de, “¡Nooo!”, al unísono, seguido de otro grito con un “¡Nooo es posibleeeee!” , llenó nuestra casa.

Todo era permitido y podía verse bien, pero que Dora, la adorable Dora, quisiera irse de vacaciones. Eso terminó enloqueciendo a todos.

-“¡Qué barbaridad!”, exclamó tía Ñupita, con su casi noventa años

“¡Que bicho le ha picado a esa alma de Dios!”, remató diciendo la gemela de mi tía Ñupita.

-“¡Es inaudito!”, vociferó la abuelita, tía Napolita, quien era dueña de un recetario de comida para ángeles y almas atrapadas en el limbo.

“¡A mí no me parece raro!”. Interpuse yo con mi voz, con todo el aliento que podía

-“¡Rebecaaaaa!”, grito mi papá, furioso. “Esos libros de astronomía de tu tío Oscar te están volviendo loca y atrevida”, añadió un poco más sereno, pero la rabia se le notaba en sus sienas abultadas.

-“¿Qué tiene de malo que Dora salga a vacacionar?”, argumenté de manera displicente. Sentí que tenía los cientos de ojos sobre mí, impregnados con un airecillo de “comerme viva”, que era fácil de detectar.

Ahora sí, la casa parecía un verdadero pandemónium. Al fin, mi papá tenía razón.

- “Lo mejor es preguntarle a ella”-, gritó uno de mis tantos primos.

-“¿A quién?”, pregunto papá en un tono severo y burlón.

- “¡Pues a Dora!”, gritó de nuevo el primo.

-“Hay que escucharla primero a ella”, vociferó completado su intervención.

Hubo un silencio de ánimas como si las voces se hubieran vuelto fantasmas.

La tía Nachita se santiguó y pronto, todo el tropel de la familia corrió a la alcoba principal de la casa a hablar con Dora.

Yo, como pude, llegué entre las primeras; quedé atrapada bajo un tumulto de gente, metida en un racimo de olores y respiraciones agitadas. Como pude, la vi a ella. Allí, estaba ella, la adorable Dora, sintiendo que era el centro de atención de la familia. Esa era mi Dora...la más antigua de las camas de la casa. La cama predilecta de toda la familia y que ahora ocupaban mis padres, por un asunto generacional. Dora era tan antigua como la familia y nos había acompañado por muchísimos, pero por muchísimos años.

Dora sabía quién era cada uno de nosotros. Nos conocía por el nombre, distinguía nuestras cicatrices, lunares, bueno, cualquier cosa que nos hacía singulares y distintos entre todos. Todos habíamos nacido en ella con ayuda de Clementina, la tía abuela partera.

Recuerdo que ella usaba un violín con cascabeles para traer los niños al mundo. Se sentaba en un taburete, acomodaba su violín bajo su mentón y tocaba una melodía que lo erizaba a uno por dentro. ¡Era linda esa melodía! Ella lo único que hacía era tocar su violín y hacer sonar los cascabeles.

Ningún niño se resistía a salir y, casi sin ningún dolor, ingresaban al mundo. Todos los que nacían bajo este método tenían un aire de reposo en sus ojos y, aunque fuera imposible de creer para cualquier médico, sonreían y movían con armonía de bailarines, sus cuerpecitos aún tibios.

Dora, la adorable Dora, era la primera que nos recibía. Nos impregnaba su olor a madera. Nos mimaba con sus arrullos de madera de selva. Así era Dora, la adorable Dora.

Cuando alguien quería saber más del remoto árbol genealógico, no era más que meterse entre las sabanas y sobar sus barandas doradas. Dora iba contando como en sueños, los hechos y los acontecimientos olvidados e ignorados por las viejas y nuevas generaciones.

“Nada puedes hacer para remediarlo. Eso que escuchaste y viste, ya ocurrió” Nos decía en ocasiones y a pesar de las lágrimas que salían de nosotros, ella nos hacía comprender que el tiempo tiene un curso inexorable, en donde todas las partículas de la casa se movían como en un torbellino. “Los tiempos no se van, se quedan a vivir como criaturas invisibles entre nosotros”, solía decir siempre.

Lo cierto era que Dora conocía a cada uno de la familia en su más “secreta intimidad”. Eso lo decía el tío Reinaldo, quien recién había regresado de un viaje por el Brasil.

“Viajé en una canoa, atravesando la cruz del oro del Amazonas. Es una zona muy peligrosa, hay criaderos de pirañas tan grandes como un toro”. Nos repetía a todos, una y otra vez su relato.

También contaba sin cesar su viaje en globo sobre la selva. Aquel viaje lo había hecho para regar semillas de girasol. “El sol necesita que lo miren a pesar de esa espesa vegetación”, nos decía cuando alguien se mofaba de su loca empresa.

Pero el asunto de Dora y sus vacaciones, se salía de toda norma familiar. Aun así todos callamos para oírla.

LAS PALABRAS DE DORA

Siempre jugábamos, mis hermanos y mis primos, a ver quién podía adivinar con que voz hablaba Dora. Su voz a veces sonaba como la de una niña. En otras ocasiones, tenía el timbre de un adolescente o el de una señora adulta. A veces, era delgada, a veces, ronca y gruesa. Pensábamos que Dora también podía ser un hombre disfrazado de cama.

Era un juego divertido, escucharla. Nunca pudimos adivinar como era su voz. Era como todo junto; así no más.

“Mis niños y mis niñas”, empezó diciendo Dora y con esta frase incluía a todos, desde los más viejos hasta los recién nacidos. “Yo los he escuchado durante mucho tiempo”-así prosiguió Dora “y los he acompañado”. “He compartido sus alegrías, sus fracasos y tristezas. Sé cómo se aman y he visto, en ocasiones, el odio cuando han olvidado su misión de seres humanos. He conocido a través de ustedes -enfaticó Dora- el mundo entero”.

“Aquí entre mis tablas están los mapas de sus rutas y los mejores paisajes de sus viajes. Este ha sido mi más amado oficio: ¡Servirles...!” Exclamó Dora... “conservar para mis niños y niñas lo mejor de sus vidas. Conozco las coordenadas de cada punto de la tierra, gracias a los relatos de sus vidas... No tengo sino mi imaginación de madera para seguir adelante. Me he divertido mucho” -continuo Dora con la voz sollozante- “y he vivido en sus pieles”.

“En ocasiones he sido su sombra y converso muy a menudo con sus ángeles custodios, quienes permanecen junto a mis niños y niñas, pero hoy quiero... -hablo de forma categórica-, salir a darme mi vultita por el mundo y cumplir un sueño secreto”. “Quiero ser yo y experimentar lo que la imaginación de una cama como yo me permita”. La voz de Dora cambiaba y cambiaba y nos sentíamos como metidos en una cámara de tiempo (si es que existen). Todos estábamos lelos escuchando las palabras de Dora.

“Quiero desentumirme un poco antes que la madera amenace con crujir y desbaratarme” dijo Dora, concluyendo sus palabras y empezó a reírse con esa risa suya inolvidable, con esa risa que las camas suelen tener y que nos contagió a todos, a soltarnos en carcajadas.

Todos reíamos y ya algunos teníamos lágrimas en los ojos de tanto reír. El sofoco en la alcoba principal era insoportable. Papá reía y se fue a abrazar las patas de Dora. Él era su preferido, creo yo, porque Dora lo miró con una infinita ternura. Después supe que la adorable Dora había puesto en él, todo su amor.

El haber perdido a sus padres siendo un bebe, la conmovió siempre. Aquella tragedia no era fácil de relatar para ninguno.

En fin, la casa estaba de fiesta y eso era lo importante.

Ya en el salón principal, hubo argumentos en contra o a favor del viaje de Dora y de nuevo, se armó la trifulca.

LA VOTACIÓN

Entonces, papá sugirió que sometiéramos el viaje a votación. Los que estaban en contra, temían que Dora muriera en el viaje. Además, decían que era la idea más descabellada que una familia respetable podía concebir.

Los que estábamos a favor, sabíamos que era justo que Dora diera su “vuelteca” por el mundo ante su inminente deterioro. Dora necesitaba respirar otros aires y comprobar con sus ojos, con su ancha espina dorsal y con su corazón de madera, lo que nuestras vidas le habían enseñado del mundo.

Los argumentos iban y venían. Llegó el momento de la votación y saben que...hubo un empate: 78 votos a favor, 78 votos en contra. Cabe decir, que en la casa votaban todos los seres humanos, los animales, las plantas, las cosas, que entraron en asamblea cuando escucharon el resultado final. Para muchas de las “cosas”, era inconcebible que “una cosa” así llamaron a Dora, saliera a hacer el ridículo. “¡Cada cosa en su lugar!”, gritaban y marchaban en fila india: tenedores, cucharas, poltronas, y una que otra despistada olla.

La situación era crítica. Volvían y votaban y el resultado era el mismo.

Estábamos en esa situación cuando, de repente y como siempre, no se imaginan... Apareció el tío Kazán.

Sobresaltada grité: “¡tío Kazán, falta tu voto!”

En esta ocasión, el tío Kazán no venía solo, traía consigo a una mujer pequeña, de un circo, de quien se había enamorado. Nos relató como ella había aprendido el truco de desaparecer y juntos se habían fugado. La mujer pequeña se colgaba del cuello del tío Kazán y le recorría el rostro con besos sonoros. El tío llevaba puesto un kimono púrpura y ella vestía shorts de jean, una blusa cortica y botas de vaquera. Hacían una pareja formidable, ya tío Kazán no estaría solo en su vida invisible.

Le expliqué el asunto de Dora, de la votación y todos los etcéteras del asunto. Tío Kazán rio como nunca. Hubo silencio. Hubo mucho silencio y el tío Kazán votó, así lo esperaba yo, a favor de que Dora, la adorable Dora, diera su “vuelcita” por el mundo. ¡79 votos a favor del viaje!

Los “a favor” hicimos estruendo y caravana de pitos por toda la casa. La felicidad fue embargando el ambiente, los “en contra” y todos, óigase todos y todas en casa, se unieron a la caravana, que se metía en los baños, en la cocina, en cada cuarto, en el patio, en el segundo piso y terminamos la rochela en la sala principal, jadeantes y secos de risa.

Allí nos enteramos de que, a la tatarabuela, Esneda, se le había ocurrido que Dora debería tener un vestido de viaje.

EL VESTIDO DE VIAJE

La “tátara” era una experta costurera y, según ella, había cocido para reyes, reinas, princesas, emperadores y, en especial, recordaba al último emperador chino. Para él, había hecho el ajuar completo de la ceremonia de coronación.

Esto lo contaba una y otra vez y exhibía su aguja “mágica” que conservaba en un cofrecito de madera repujada. La aguja estaba puesta sobre una almohadilla de terciopelo azul. La aguja era dorada.

“Esta aguja es de cuentos de hadas”, decía la “tátara” y nos contaba que a lo mejor estuvo en el salón de hilar donde la bella durmiente se pinchó su dedo. Lo decía con tal convicción, que siempre todos hemos creído que la dichosa aguja dorada proviene de los cuentos de hadas. Así es, por que las cosas que la “tátara” Esneda había confeccionado con su aguja, eran únicas e inolvidables.

“Vestirse no es solo ponerse cosas”, decía cuando trataba de enhebrar su hilo en el ojo brillante de su aguja mágica.

“Un vestido debe ser el refugio del alma invisible”, sentenciaba cuando daba su primera puntada. Sus manos eran rápidas y dulces y uno quería que se posaran sobre uno, para sentir el torrente de las imágenes que sólo los cuentos de hadas suelen traernos. En fin, la “tátara” era un verdadero secreto, tan bello como su amada aguja.

Nadie se opuso a que Dora tuviera un vestido y, más aún, si la costurera era la “tátara”. Ella se lanzó “manos a la obra”, mientras el resto de la familia se divirtió con los bailes africanos que el primo Salomón nos había enseñado.

Él había nacido en África. Su piel negra contrastaba con los rasgos europeos, indígenas, y orientales de los demás miembros de la familia. Todos lo adorábamos; era el único negro de la familia. Era un ser generoso; todo lo entregaba cuando alguien necesitaba de esto o de aquello.

No hacía sino cantar y bailar su Hutuhutu, que acompañaba con sonidos de una marimba, que Garcilaso Hernando, que no sabíamos qué clase de pariente era, le había regalado en su primera comunión,

Ambos eran compinches y se jactaban de haber mirado el sol, en el último eclipse solar del siglo, sin protegerse los ojos. Cuando les preguntábamos que vieron, callaban y tomaban un aire de ceremonia que nos daba risa... o ¿miedo?

Salomón y Garcilaso siempre estaban bebiendo de una botella de ron, que nunca supe porque siempre aparecía llena.

En resumidas, la fiesta se prolongó hasta más allá de la medianoche, con las consabidas quejas de los vecinos, quienes no entendían por qué hacíamos una fogata en mitad de la sala y danzábamos alrededor, guiados por los sonidos de una marimba. Gajes de familia, me lo expliqué yo misma, cuando recogí las cenizas de la fiesta.

LA SALIDA

Fue el domingo, el día que Dora escogió para salir a sus vacaciones. Entre las mujeres más viejas, le habían acomodado el vestido que había hecho la “tátara. Era una talega decorada con estrellas y mariposas de colores. El vestido era dócil a los movimientos de Dora. Tomaba la forma de sus abultadas extremidades. Más que un vestido, era como una segunda piel.

A mi prima Luisa, que la llamábamos la pajarera porque imitaba el silbido de más de 2000 especies de aves y cuyo pasatiempo favorito era hacer avioncitos de papel y lanzarlos por toda la casa, acompañados de hermosos silbidos, se le ocurrió maquillar a Dora. Con el estuche de mamá entre sus manos, se dio el gusto de su vida, maquillándola mientras silbaba una y otra melodía.

Todo iba a pedir de boca hasta cuando llegó el momento de levantar a Dora. Estaba pesadísima y cuanto primo pudo, se metió a hacer fuerza para colocar de pie a Dora. La sostuvieron para que la “tátara” terminara unos ajustes del vestido y, para que el tío Otoniel, barnizara sus extremidades.

El problema fue Abundio, su colchón favorito. El pobre se retorció para no dejarse sacar de las entrañas de Dora. “¡Qué hijo tan travieso!”, nos dijo Dora, que de pie casi tocaba el cielorraso.

Nunca pensamos que Dora fuera tan enorme. A Miguelito, mi padrino de bautizo, le pareció estar contemplando una ballena de madera. Esto me lo dijo al oído. Solté a reírme. Dora, por primera vez en su vida, me miró con cierta severidad. De todas formas, era tan solo un chiste, que pronto el “boqui-suelto” de mi padrino “regó” por toda la casa. Las carcajadas no se hicieron esperar, pero Dora no se dio por aludida.

A la pajarera se le ocurrió que Dora debería llevar peluca y se dio a la tarea de buscársela. Su fórmula fue quitarle “pelos” a los trapeadores que abundaban en casa. Cada miembro de la familia parecía tener uno. Como eran tantos trapeadores, terminaban sus labores temprano y se dedicaban a jugar dominó, parqués o a jugar con los primos más pequeños.

A todos los llamábamos los Martínez y para distinguir uno de otro, los llamábamos de la siguiente manera: Martínez 1, Martínez 2 y así sucesivamente, hasta el Martínez 114, que era el último.

No más la pajarera apareció con tijeras en mano, con el cuento de “colaborar con un pelito” para la peluca de Dora”, los Martínez se echaron a la fuga y empezó la persecución de los primos pequeños, grandes y de todos por atrapar a los Martínez, para que hicieran su “donación voluntaria”... ¡ji! ¡ji! ¡ji!

Los Martínez corrían por el patio, por las alcobas y los más intrépidos, habían subido hasta la terraza y pedían auxilio.

Yo correteé a Martínez 72, porque sabía que tenía una leve cojera. Lo cerqué junto al árbol de mango que estaba en el centro del patio.

-“Rebequita no me vaya a quitar mi pelito”-, me decía, mientras ambos dábamos vueltas alrededor del tronco.

Le di un zarpazo y nada, me salió por otro lado.

-“Rebequita yo le hago todos los oficios, pero, mis pelitos... por favor...nooo”.

Volví a mandarle otro zarpazo y esta vez, alcance a asir su cabellera húmeda y olorosa a desinfectante. Le quité dos pelitos, explicándole con ternura el por qué y le prometí reparárselos más tarde.

Martínez 72 se quedó junto al árbol de mango, sudando frío. Me dio lastima su miedo, y lo abracé

“Es solo un “jueguito”, Martínez 72”, le dije, sintiéndome culpable por la graciosa fechoría.

A mi papá le tocó resolver la situación con los vecinos, quienes en grupo tocaron a la puerta, quejándose del escándalo que habíamos hecho. Acompañados, claro está, de los fuertes ladridos de Luna, nuestra perra snauzzer, quien también persiguió traperos. Su método era hacerlos caer, les daba un revolcón en el piso y los primos pequeños los “peluqueaban”.

Papá, por enésima vez, nos advirtió que no quería más algarabía que la corriente... ¡Que amable fue!

LA SALIDITA

La salida de Dora por la puerta de la alcoba principal fue un desastre. A Lucas, el abuelo, le tocó romper la pared y casi desbaratar la puerta. Era que Dora era demasiado grande, grandota.

Hubo una especie de calle de honor hasta la puerta que da a la calle.

Dora se fue despidiendo de uno por uno, de todos los miembros de la familia.

“¿Y cómo hará para caminar?”, preguntó mi hermanita Karla, que era muy sagaz y desconcertaba a sus profesores con sus cavilaciones. Hubo silencio.

- “Pues caminará como una cama cuando se pone de pie. Ellas saben cómo hacerlo”, se contestó ella misma.

- “Sí, sí”, dijimos todos en un coro a medias, como si en algún momento hubiésemos pensado algo distinto a la acertada respuesta de Karla.

- “Pero, por si acaso, yo le hice estos rodachines”, dijo el tío Alejo, quien era muy inteligente y práctico para pensar soluciones y los exhibió ante todos, como la octava o novena maravilla del mundo.

Todos nos admiramos y aplaudimos, aún a sabiendas de que eran los rodachines de la nevera principal de la familia, a quien le decíamos doña Cata.

“Pobre Cata, como estará de incomoda sobre el piso frio”, pensé

- “Yo no saldré sola”, dijo Dora quien desde su altura alcanzaba a divisar la calle y el tumulto de vecinos en la esquina. No sabíamos que esperaban siempre de nosotros.

-Necesito una compañía de viaje. Nunca hay vacaciones de una sola persona... ¿cierto? volvió a hablar Dora, interrogándonos.

Ese era un momento inesperado. Algo que no estaba en el libreto, como decía mi primo Dieguito quién era profesor universitario y cultivaba flores en sus zapatos de goma, en los ojaletes, se colocaba ramitas de no me olvides y trocitos de hierba de rastrojo.

- “Provengo del mundo vegetal”, decía y era el encargado de cuidar las plantas de la casa, que por cierto no habían participado con tanta algarabía en esta desproporción.

- “Yo iré contigo Dora”, me oí decir muy fuerte. Lo hice para que nadie se me adelantara.

- “Rebeca, ¡por Dios! ¿tú?”, gritó furioso mi padre; silencio total.

- “Rebeca, tú eres una peditra de gran prestigio en el pueblo y si te ven en la calle con una, con una... (y señaló con el dedo a Dora), creerán que estás loca y tu carrera se vendría a pique. Entiéndelo, Rebeca... ¡No irás!”, remató con autoridad mi padre.

- “Iré papá, porque creo, para tu información. que afuera están más locos que aquí adentro”, le respondí con altivez.

Hubo de hurras, la cosa más bárbara.

- “Déjala ir, ya está bien crecida y sabrá afrontar su propio ridículo”, dijo mi madre.

Lo raro es que nadie más quiso apuntársele al viaje. No tuve competencia y abrazada a Dora, atravesé el umbral, que previamente el abuelo había modificado para que pasara Dora, la adorable Dora...y yo.

LOS PRIMEROS PASOS DE DORA

Se me olvidaba decirles que en el apuro por salir y en lo difícil que fue sacar a Dora y pararla en el andén, tuve tiempo de ir por mi mochila, acomodar alguna ropa y empacar mi libro favorito de cuentos “La ciudad de los espejos azules”, de las escritoras Yuri Sarej y Ana Sharon. Sé que no es usual que una persona adulta cargue con cuentos para niños, pero la excusa de mi profesión como pediatra me lo permitía. Era la excusa perfecta para seguir soñando.

Le pedí a mi mamá que llamara al hospital y dijera que me había ido de vacaciones repentinas. Sabía de antemano que al director no le gustaría aquella decisión. Era probable que a mi regreso tuviera mi carta de despido... pero unas vacaciones con Dora... valían la pena... ¡eso sí!

Los vecinos se arremolinaron en torno nuestro y empezaron a burlarse mientras avanzábamos Dora y yo. Uno que otro niño nos miraba con ojos de absoluta fantasía y uno de los adultos, que no toleraba nada, nos lanzó una piedra. Hubo una lluvia de piedras sobre nosotras, a sabiendas de que lo único que queríamos era salir de vacaciones. Dora se mantuvo a la altura. Resistió el perverso ataque, sonriente y transmitiéndome su calor.

- “Déjenla que ella solo quiere dar un paseo”, dijo la vocecita de una niña. La recuerdo con su carita llena de pecas, sonriéndome con sus dienteitos de leche.

La andanada de piedras cesó. No nos hicieron daño. Solamente a mí me dolía un poco el tobillo. La familia no intervino porque nos creían capaces, a Dora y a mí, de sortear cualquier situación.

Todos creían en nosotros y sabían que no desfalleceríamos hasta alcanzar nuestro propósito. Así era de sencilla nuestra idea del mundo...pero es que en la calle había otros mundos.

“¿Por qué algunos niños me insultaban?”, me preguntó Dora, siete cuadras más arriba.

- “Los padres les enseñan a temer lo extraño”, le dije sin siquiera haber pensado estas palabras.

- “¿Yo soy muy fea?”, volvió a preguntar Dora.

No supe que contestar, porque desde la ventanilla de un taxi, un sujeto nos lanzó una botella plástica de gaseosa y grito:

- “¡Pichón de elefante!”

Los insultos iban y venían, de todos lados nos llegaban frases.

- “¡Frankestain con pelo de trapeador!”

- “¡Pa` l manicomio, par de locas”!

- ¡”Piedra pa’ ese monstruo”!

- ¡”Que llamen la policía”!

- “Esas son las porquerías que se ven por falta de autoridad”.

- “¡Gorda, cuadrada y fea!”

Los improperios no cesaban y Dora y yo hacíamos como si no los escucháramos.

- “¡Que vestido tan horrible!”

Ahí sino me aguanté y volteé la cara para insultar al que fuera. Con las cosas de la “tátara” nadie se metía. Me tropecé con los ojos, la boca chiquita, la nariz puntiaguda y la frente estirada de mi jefe de sección del hospital.

- “Rebeca, ¡Por Dios!... ¿Qué haces?”, preguntó desconcertada

- “Voy de vacaciones a ver si te traigo una crema para alisarte la lengua”, contesté triunfal y me largué a reír junto con Dora, que vio la cara de cacatúa loca que puso mi jefe... o mi exjefe... jejeje.

Ya habíamos dejado el barrio. No teníamos rumbo cierto. Dora me preguntaba sobre cada cosa que veía. Recién despertaba al mundo y era feliz conociendo el más íntimo detalle. Me encantaba de nuevo, con las cosas que había visto millones de veces.

Dora me enseñaba el mundo como si fuera mi primera vez. Estábamos en esas cuando llegó una patrulla de la policía.

Nos exigieron documentos. Yo los pasé.

“¿Y esto?” dijo el policía, riendo

- “Es Dora, la cama familiar”, dije.

Los policías se echaron a reír.

“¿Fuma hierba, señorita?”, me preguntó el de mayor rango.

- “¡Como se le ocurre agente! ¡Lo que dice me falta al respeto!” le contesté furiosa.

- “¿Cuándo ha visto usted una cama en la calle y guiada como si se tratara de una mascota?”, dijo en su intervención el policía más joven.

- “Ya ve, siempre hay una primera vez”, contesté casi retándolo.

- “Los documentos de la señora”, dijo con autoridad y cierta burla, otro de los agentes.

“Dora no tiene documentos. ¡No ve usted, que ella no es un ser humano!”

“¡Hasta nombre tiene!”, dijo el de mayor rango

- “Nos toca llevarlas a la estación. Está indocumentada y sin identidad nadie puede transitar”, dijo el jovencito.

- “¡Pero es que ninguna cama tiene documentos!”, interpele casi sin aliento.

- “No importa, la ley es la ley, artículo tercero inciso 428”, me respondió

- “Pero... es que...”. Intenté decir algo, pero fue en vano.

“Nada señorita, deben ir con nosotros a la estación, allá hacen el trámite y mi capitán decidirá qué hacer con ustedes... con ustedes”, me dijo atropelladamente el de menor rango.

Aunque Dora hubiera hablado, ninguno la había escuchado. En la calle nadie estaba ejercitado para escuchar las “cosas”, ni para escuchar nada.

“Si Dora hubiera venido sola, a lo mejor ya la hubieran quemado o, por qué no, partido a hachazos”, eso pensé.

Me aferré a la idea de que pronto saldríamos de esta situación.

Al no poder entrar a Dora a la patrulla, nos pidieron que siguiéramos caminando, que ellos nos escoltarían hasta la estación para que no escapáramos. ¿Escapar de qué? Si Dora y yo no éramos delincuentes. Si Dora y yo solo queríamos ir de vacaciones. Dora comprendió mi desazón y nerviosismo y me susurró al oído las viejas canciones de cuna. Muy triste llegué a la estación de policía. Pensé en papá, él lo habría resuelto. Pero me tocaba a mí, a Rebeca, resolverlo. Así era en este momento.

DORA EN LA ESTACION DE POLICIA

Llegamos cansadas a la estación policial. Quedaba bastante retirada del lugar en que habíamos sido “capturadas” por los agentes del orden.

Al entrar, todo se volvió murmullos, risas y miradas de burla hacia nosotras. El de mayor rango redactó un informe, que me hizo firmar. Yo firmé como acostumbro, escribo mi nombre con letras grandes y al final remato con una florecita. Por Dora escribí “Dora” a secas, en letras pequeñas y sin ningún tipo de arabesco. Era primera vez que firmaba un documento a nombre de una cama. Me temblaba el pulso. A la hora apareció el capitán. De entrada, le parecimos muy sospechosas por nuestro proceder... y se lanzó a hacerme preguntas, que yo contestaba con impaciencia. Siempre eran las mismas preguntas. Fue un verdadero interrogatorio.

Al final ordenó una requisita minuciosa de Dora.

- “Hay que estar alertas, uno no sabe con estos terroristas de hoy en día”, me dijo como acusándome.

De nada valió mi carné de hospital. De nada hacían caso. Estaban empecinados en hallarnos culpables de no sé qué “cosa”. Si la “cosa” no existiera, a lo mejor la inventarían. Eso sentí y pensé durante largo rato, contemplando las paredes frías y sucias de aquella oficina.

Me dio pánico en ese momento. A mí me ordenaron entrar a audiencia por porte ilegal de cosa no identificada y por conducta sospechosa. A Dora, por indocumentada y por uso de armas no convencionales detectadas en su cuerpo.

- “¿Cómo así?”, pregunté perpleja.

- “Encontramos listones de madera bajo su vestido y no sabemos si son para agredir a alguien o para causar incendios callejeros que promuevan asonadas... señorita”. Me explicó, el capitán.

“¡Pobre Dora!, ¡mi adorable Dora!”. Me sentí culpable de su situación.

- “Se le asignará un abogado de oficio”, me dijo el secretario de la estación.

“Yo, ¿para qué abogado?”, dije... “si no hemos hecho nada”.

“Así es el trámite y el juez decidirá qué hacer con ustedes”, añadió aquel pajarraco con cierta burla.

Esperamos otra hora. Al fin pasamos a audiencia. A los agentes les costó mucho trabajo entrar a Dora al recinto, en donde se impartía justicia.

Escuché como el secretario del juez relató los hechos y los cargos imputados contra nosotras. Luego, el fiscal explicó a la luz de los códigos, nuestra inmensa falta.

Nos llamó antisociales y desadaptadas y pidió que mi tarjeta profesional como pediatría fuera cancelada.

Dijo además que cómo “una persona como yo”, refiriéndose a mí, podía encargarse del bienestar de los niños y niñas. Esto lo vociferó como llevado por la ira. Parecía un dragón venido a menos.

Nuestro abogado defensor llegó tarde. No escucho el alegato del fiscal. Le expliqué rápidamente lo que pasaba, me dijo que su nombre era Guillermo Marín y le encantaba el helado de vainilla. Cuando saque de mi mochila el libro de los espejos azules, se emocionó y me dijo que era su “favorito”

Recordamos algunos cuentos mientras el juez hacia los trámites de rigor. Le llegó el turno a nuestra defensa. Guillermo inició su alegato contando “La historia de los espejos azules”.

Luego, hizo un extenso comentario sobre “Alicia en el país de las maravillas”. Se detuvo en algunos párrafos de “Momo” de Michel Ende y remató magistralmente con un “Un mundo al revés” de Machado. Dora estuvo encantada oyéndolo. Todas estas historias conmovieron al juez, quién en un hecho insólito se mostró partidario de la fantasía...pero aun así nos condenó a 72 horas de arresto preventivo y completamente incomunicadas.

LOS RECUERDOS DE DORA

Los guardas tuvieron un penoso trabajo para poder colocar a Dora en la celda, que nos asignaron. Yo estaba muriéndome del susto pero fingía alegría para no atormentar a Dora que se dejaba llevar de aquí para allá, sin comprender a fondo el asunto.

“Rebeca, ¿sabes cuál era mi sueño de vacaciones?”, me dijo en un tono lastimero, que me puso al borde del llanto.

- “Rebeca, yo solo quería conocer el mar”, me dijo y se quedó en un absoluto silencio y quietud.

Comprendí con ello que Dora, la adorable Dora entendía lo que nos estaba ocurriendo. Para mí, era la experiencia más trágica de mi vida. No sabía si igual le ocurría a Dora. Hubo un largo silencio entre ambas.

La celda era fría y bastante estrecha para la enormidad de Dora. Ella estaba arrinconada, casi pegada a los barrotes, en donde estaba el candado herméticamente cerrando. Me acurruqué junto a ella y lloré.

Ya no podía fingir más el miedo ni disfrazarlo. Yo, Rebeca, debía dejar salir todo mi dolor y toda mi rabia por lo que nos estaba sucediendo a la adorable Dora y a mí, tratadas como unas delincuentes, tan solo, en el caso mío, porque acompañe a una cama en su deseo de conocer el mar. Era inaudito.

- “Rebeca ¿Qué es eso de la libertad?”, me preguntó ella, que había escuchado al juez repetir la palabra a cada momento, (la libertad por aquí, la libertad por allá, la libertad más allá y más acá) y ¿Dónde diablos estaba la libertad?

Pensé mucho antes de contestarle. Recordé algunas lecturas que había hecho en la universidad, charlas en casa, en especial con mi padre, quien siempre se declaraba un defensor de la libertad. “Sin libertad no hay vida” solía decir siempre cuando hablábamos del tema.

- “Dora, la libertad es lo que uno quiere ser y desea para lograr...para lograr vivir”, atiné a decir con mucho esfuerzo.

- “En ese caso, nadie es libre”, musitó Dora. Más bien te digo que extraño a Abundio, mi colchón preferido. Sabes que yo lo llamo “el despistado”-, concluyó extrañamente Dora.

Volvimos al silencio. Dora suspiraba. “Rebeca, sabes ¿qué recuerdo en estos momentos?... recuerdo el bosque en que nací. Era inmenso y recorrerlo nos costaba una vida entera. Yo era parte de ese bosque y todos necesitábamos de todos. Creo que esa era la libertad, Rebeca”. “Tu papá anda preocupado por la guerra y habla y habla de la libertad, de luchar por ella. No comprendo, Rebeca, ese afán de ustedes por ser uno...tener una personalidad. Al desierto con eso, tengo nostalgia de casa, eso es todo”. Así terminó Dora su breve monólogo.

Llore aún más escuchando las reflexiones de Dora, que decidió contar historias del bosque en el que había nacido.

RECUERDOS DEL BOSQUE

Lo máspreciado para Dora eran sus recuerdos. “Si uno pierde su memoria, se extravía” solía decirnos siempre. Por eso creo que ahora que se sentía pérdida en el calabozo junto a mí. Ella buscaba entre los millones de imágenes de su recorrido por la vida, algunas que le dieran calma... por lo menos, le hicieran sentir menos miedo.

Empezó Dora, recordando el aroma del bosque, el intenso aire puro que bajaba desde las montañas y los cobijaba a todos como un mar invisible. Así lo llamo Dora.

Estaba sumergida allá en ese lejano bosque donde pasó su infancia y parte de su vida de jovenzuela madera, que vivía a sus anchas en la espesura de los matorrales.

Dora se sentía triste y su voz se tornaba casi a punto de romper en llanto. Sentí lástima por ella y por mí, sometidas ambas al absurdo de las leyes que no habían confiado en nosotras.

- “Rebeca”, me dijo. “Si tú vieras como era de bonito ver la llegada de los pájaros al final de la tarde”.

- “¡Cuéntame!”, le dije sonriendo.

“Los pájaros, mi querida Rebeca, son los mensajeros del bosque, a ellos se les confían los encargos, las razones de los animales. Ellos saben las noticias que acontecen en los ríos, los páramos, selva adentro, en los más remotos parajes”.

- “Si vieras Rebe”, dijo riendo...ese... “Rebe”... me sonó jocoso...la Dora sabía de abreviaturas...¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

- “Pon cuidado”, me dijo, como intuyendo mi asombro de hace tres segundos.

- “Te estoy escuchando...te estoy escuchando”, le contesté

- “Uno le preguntaba a los pájaros qué había ocurrido más allá del bosque y ellos se posaban en las ramas de donde yo era parte y contaban todo lo sucedido, traían muchos cuentos y también, a veces, se ponían a silbar sus canciones y se armaba la fiesta... ¡Cómo extraño aquel bosque!, Rebe... ¡Cómo lo extraño!”

- “¿Sabes que hay un pájaro ermitaño, que es el más sabio de todos los pájaros?”

- ¿Verdad?, le pregunte entusiasmada.

- “Ese pájaro, mi querida niña”, me cambio el apelativo, pensé yo, riendo para mis adentros...Dora prosiguió con su relato.

- “Está muy adentro del espeso bosque, hay que saber guiarse para llegar donde él. Tiene un nido enorme que construye durante varios meses... pero su nido no es para empollar sino para meditar, descansar y allí, en ese nido... recibe a todos los animales y plantas de la selva que quieren consultar sobre algo que les afecta”.

Mis ojos se iban cerrando y entonces Dora lanzaba un grito de júbilo como si hubiese hallado algo y, de nuevo, mis parpados se abrían.

- “Ese pájaro, Rebeca, sabía mucho, él podía, por el sonido del viento, calcular tormentas, ciclones, temblores, terremotos, eclipses y miraba un nubarrón y decía de donde venía y sabía leer, en las nubes, el futuro”.

Me dio risa esa historia y no me aguanté la carcajada.

- “No te rías, Rebeca, es muy serio, en las nubes vienen dibujados los acontecimientos de todos los tiempos. El pájaro ermitaño sabía que ocurrió, que estaba ocurriendo y que iba a ocurrir. Las nubes eran como una bola de cristal de las que usan los magos”.

Dora estaba entusiasmada recordando esas historias, más para ella que para mí. Eso le aliviaba seguramente, saberse parte de un algo que le era lejano ahora.

Yo imaginaba toda esa mezcla de pájaros, de colores, que Dora me iba ofreciendo mientras la oscuridad de aquella celda se hacía más impenetrable. Ahhh... mi Dora me estaba salvando de la mayor tristeza de mi vida con su relato de pájaros y bosques.

- “¿Sabes una cosa, Rebequita?” Ese tono cariñoso me hizo bien...

“Un día consulté al pájaro ermitaño, le mandé razón con un turpial que iba por esos lados, era un asunto muy especial”.

- “¿Que era?”, le pregunté intrigada

- “Estaba yo enamorada y quería saber si era correspondida”.

- “¡Noooooo!”..., grité yo de júbilo. “¿En serio, Dora? ¿Estuviste enamorada?... ¿verdad, Dora?”

Ella ríó y asintió sólo como las camas pueden hacerlo.

- “¿Quién era tu amor, mi adorable Dora?”

- “Era un guacamayo que venía todos los días al árbol, en el que mi espíritu crecía como parte del tronco”.

- “Nos mirábamos, nos mirábamos, pero no nos decíamos nada”, dijo Dora,

Yo estaba súper fascinada con la historia a pesar de que los ojos se me cerraban por raticos

- “Sabes el amor es algo muy inesperado siempre. Hubo antes plantas, arbustos muy cercanos a mí, pero yo nunca sentí nada especial por ellos, pero el día en que este guacamayo vino a nuestro árbol... ¿sabes qué sentí?... que temblaban mis raíces, me sentí como que quería salir desprendida de aquel hermoso tronco”.

Dora se tornó encantadora cuando habló del amor y así era cada vez que alguien de la familia se enamoraba, se veía más lindo, le crecían como alas en su espalda, se volvía frágil y ligero. A los enamorados en casa los detectábamos porque levitaban como la abuelita Betulia.

“Eso era el amor, un arte para aprender a levitar”, pensé en ese instante... cuando Dora hablaba de su amor por el guacamayo aposentado en sus ramas... Antes, no lo hubiera concebido.

- “¿Y qué te dijo el sabio pájaro ermitaño?”

- “Que nuestro amor era imposible, pero sincero”.

- “¡Oh, por Dios!”, le respondí.

- “¡No es para tanto!... ¿Sabes, Rebeca? cuando el turpial me trajo aquel mensaje, lloré desconsoladamente toda la noche... hasta que la luna menguante atraída por mi dolor me hizo llegar varios mensajes”.

- “¡Que locura!, le dije a Dora, ¿Todo eso te ha pasado?”

- “Sí”, contestó ella.

- “¿Que dijo la luna menguante?”

- “¡Ay, mi Rebeca! que la esencia del amor era aquella imposibilidad de estar juntos..., pero si yo lo amaba y él me amaba, ninguna distancia existía, todo era de pronto como un espejismo y que el amor acerca todo, que ella lo sabía por su poder magnético. Me dijo, además, que había cientos de olas, peces, sirenas enamoradas de seres imposibles. Que el amor era un destino más que una elección”.

- “Juro Rebequita, que no entendí mucho aquella noche...pero me sentí más tranquila”.

- “Me dijo, además, que el amor era la fuerza que movía el bosque, las aguas, los vientos, la luz y la oscuridad. Me dijo que detrás de cada lombriz de tierra estaba el soplo del amor, que detrás de cada cosa que yo sintiera, pensara o viviera, estaba el amor...que todo lo que yo creara algún día, era fruto de ese amor. La luna menguante era muy sabia”.

Me levanté de donde estaba y me abracé a Dora con todas las fuerzas que era capaz, Dora me hizo comprender que detrás de esta pesadilla que vivíamos, también estaba el amor. Un amor que apenas empezaba yo a entender.

- “Siempre el guacamayo y yo, nos hemos amado, aunque no nos veamos...aunque ahora no se si él viva o esté muerto... aunque no compartamos aquel hermoso amor, nuestro amor, Rebeca, sigue fuerte e indestructible en las ramas de cualquier árbol... el amor, mi Rebeca, es indestructible.... Quiero que nunca lo olvides, mi Rebequita”.

En ese momento yo me imaginaba todo ese romance en el bosque mientras las palabras de la luna menguante daban vueltas en mi sangre como si fueran otro río, que bañara mi cuerpo.

LOS HOMBRES

En efecto, los recuerdos de Dora afloraban en mi mente como si en realidad estuviese viendo ese momento. No era la sensación de pensar, de imaginar solamente, era la sensación física, orgánica, así era.

Para eso había estudiado medicina, para entender y comprender los movimientos del organismo humano, con el deseo de sanar cualquier enfermedad que destruyese la vida... y sentía, yo, de repente, que todos aquellos acontecimientos me sanaban de viejos dolores, que aquella narración de Dora, de su vida en el bosque, depuraba mis heridas, me limpiaba de muchos miedos y angustias.

De alguna manera, Dora tenía el poder de la palabra, sus relatos me regresaban a tiempos antes de mí. Eso pensé, llena de asombro.

- “Sabes, Rebeca, un día me arrancaron del bosque. Los pájaros tornasolados que son tan delgaditos como el cristal, nos avisaron que venían unos hombres. Ese día el bosque estaba sombrío”.

- “Nada pudimos hacer a pesar del mensaje de los tornasolados. El mensaje de un día trágico corrió por el bosque en los cantos de los pájaros”.

Dora se quedaba en silencio por algunos minutos, como si no quisiera continuar.

- “Una amiga cigarra que llevaba tiempo en la corteza del árbol”, así prosiguió Dora con su relato, “se aferró a mí con toda su fuerza cuando los hombres empezaron a talar nuestras raíces. El estruendo de esos aparatos hacia enloquecer a cualquiera. Te imaginas, Rebe, el bosque era sólo silencio y armonía, como esa música que escucha tu papá”.

- “¿A cuál te refieres?”, le pregunté, intrigada.

- “¡Esa tan bonita que pone en las mañanas!”

- “¡Ah! ya, las sinfonías de Beethoven”, le contesté.

“Si esas mismas. Yo ya las escuchaba en el bosque, todos los días los pájaros cantaban esas melodías. Era algo de todos los días... ¿Dónde iba?”, me preguntó

- “En que llegaron los hombres”.

“Así, así fue, Rebeca y, en un momento nos desprendieron unos de otros. Sentí un dolor profundo cuando me alejaron del tronco, cuando me amarraron con fuertes lazos. La pobre cigarra, aferrada a mí, murió. Sentí el último latido de su corazón arañando mi corteza herida”.

- “¡Que horrible!” le dije yo. “Sentí pena de mí misma, de mis congéneres”.

- “Sí, fue demasiado horrible, pero esa situación me hizo conocer al señor río. ¡Si vieras cuán elegante y majestuoso era!”

EL SEÑOR RÍO

“¿Cómo así?, Dora, no te entiendo”.

- “Pues que, de mí, de mi gruesa madera hicieron una inmensa canoa, tan larga que yo misma no me veía”.

“¿Fuiste una canoa?”

- “Sí, Rebequita, una gran canoa que navegó y navegó por cientos de ríos. Ya no sé por cuánto tiempo estuve en tantas aguas”.

De verdad que eran impresionantes y bellos los recuerdos que Dora narraba en el fondo de esa celda en donde esperábamos la madrugada.

Todo su cuento era igual como soltar el rollo de una peli y uno se iba fundiendo en ese paisaje, en esas escenas que, en la voz de Dora, en su voz cambiante, fluían como montones de hilos de seda,

- “El señor río fue bueno conmigo, me enseñó a andar sobre él, me enseñó a conocer sus remolinos, sus profundas aguas, a distinguir, por el zumbido de la corriente, la llegada de las crecidas”.

Yo no daba crédito a lo que escuchaban mis oídos, Dora prosiguió con su relato o con su casi monólogo.

- “Fuimos buenos amigos. A veces también conversaba con los peces, especialmente con el bagre... ¡ah, el viejo bagre! ¡Cómo lo recuerdo! Era un sabelotodo. Tenía esas barbas que lo hacían ver viejo, pero su alma era de niño, ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!...” Dora se echó a reír.

Su risa retumbaba en aquel calabozo como una maraca que se rompía una y otra vez. Uno de los guardas vino y se asomó por la ventanilla con barrotes. Nos miró furioso. Dora se calló. Al rato volvió con su relato.

- “A veces se pegaba cerca de la canoa y empezaba a cantar canciones que había aprendido de oídas”.

- “¿Quién?”, le interpele

- “Pues el señor bagre. Eran canciones de hombres que él escuchaba cuando salían a pescarlo. Bellas canciones que hablaban de amores lejanos, de montañas, de aromas... ¡Es tan linda la música!, Rebequita”.

Creo que yo ya me casi me dormía por lo tarde que era cuando Dora relataba la furia del señor río.

- “Si vieras Rebeca un día, el señor río estaba enfurecido porque en sus aguas, en sus tranquilas aguas, habían regado petróleo”.

El eco de la palabra petróleo zumbaba en mi cerebro. Hice un esfuerzo por estar bien despierta.

- “Yo no sabía que era eso. El bagre me explico, estaba triste y lloroso, no quiso cantar más y supe luego que había quedado atrapado en la mancha viscosa que bajaba por el río”.

Me acordé de las rondas nocturnas en el hospital. Tome aire, hice algunos ejercicios de respiración que ayudaban a mantenerme despierta. Por lo visto, Dora quería seguir contando su historia.

- “Ese día a mí me colocaron en la orilla del río. Ahí me quedé. No supe cuánto tiempo. En fin, algo perdimos esos días, No se sentía nada ni se oía nada, ni los pájaros traían mensajes”.

“Solo el viento rugía y rugía, malhumorado, pero era tan pesada el agua que no se levaban olitas y ni tampoco el agua hacia esas cresticas pequeñitas.

- “¡Rebeca, Rebeca!”, desde el fondo de mi sueño escuché la voz de Dora llamándome. Desperté. Ella estaba molesta conmigo, me recriminó por haberme dormido tan solo unos instantes.

- “A nadie le había contado esto, Rebeca, tu eres la primera”, dijo muy enfadada.

LAS LUCIERNAGAS

En aquella madrugada comprendí que lo más importante era escuchar. Recordé a papá cuando decía “cuando el corazón se debilita para escuchar a otros, la vida se hace más gris”.

Me acordé de Momo y los hombres grises, me asusté y de una, como pude, volví y entablé conversación con Dora, que ahora miraba lela entre los barrotes de la celda un poquito de luz lunar que entraba. De seguro, la luna menguante la estaría recordando.

- “Estuve muy sola en la orilla, no sé cuánto tiempo paso, todos los animales se fueron, los peces murieron, en su mayoría. Rebeca, fue algo muy duro para mí”.

Comprendí la amargura de Dora, sentí esa desolación que ella lograba transmitir a pesar de su posición de erguida, pegada casi a la pared húmeda de aquel horrible lugar

- “Ya sentía que no podía más con esa soledad, hasta que una noche llegaron las luciérnagas. Eran cientos de luciérnagas que resplandecían en la noche. Eso fue maravilloso... Es un gran recuerdo que no quiero olvidar nunca”.

- “Venían de muchas partes, se habían ido reuniendo; primero dos, después tres y así sucesivamente. Ahora eran miles, miles, mi querida Rebeca”.

“Yo grité de la emoción, Rebeca, aunque mi voz estaba ronca por la humedad del río. Te aclaro, que, con el señor río nunca volví a hablar, (guardó un silencio), hasta no se qué ocurriría con él”.

Solía decir, que solo había un río... el gran río...y que a pesar de que había quebradas, arroyos, ríos con distintos nombres, el río era uno solo y, que cualquier cosa que le pasara a uno de los tantos ríos, le pasaba a él. Según él, todos los ríos están conectados en el mundo.

Dora era imparable con sus recuerdos, pero a través de estos recuerdos que ella iba narrando me enteraba de su más remoto pasado. La familia, a mi regreso, se enteraría de todos estos sucesos de mi Dora.

- “Lo cierto, Rebeca, es que las luciérnagas me animaron, me contaron cientos de cosas que habían ocurrido en mi bosque. También una de ellas me hablo de mi familia más cercana, todos habían sido dispersados por una razón u otra”.

“De nosotros, los arboles gigantescos, no quedábamos sino unos pocos...yo conservaba el recuerdo aún del tronco inmenso y de las noches de la luna menguante, dando su sombra en las altas ramas de nosotros”.

EL ORIGEN

Creo que, por un momento, pensé que Dora deliraba. ¿Estaría enferma?, me pregunté. Oírla hablar con tanta certeza de su vida de madera, era algo que nunca se había concebido en la casa.

No sé realmente cuando llegó Dora a casa. Papá decía que era el bisabuelo Ángel María que la había traído de un remoto viaje por el Perú, otro día me dijo que la genealogía de Dora era desconocida, pero que lo más probable era que hubiese sido creada en el Brasil. Nadie sabía a ciencia cierta el origen de Dora y ella, ahora, estaba relatando sin parar cientos de historias que revelaban aquel secreto.

No sé si no era el momento para hacerlo..., pero yo me sentía muy asombrada de oírla. Además, estaba perpleja con aquellos cuentos.

- “Rebeca es necesario siempre recordar, eso es lo más necesario”, me dijo como leyendo mis pensamientos y dándole respuesta a mis preguntas silenciosas.

Me contó que las luciérnagas invadieron aquella orilla y se posaron sobre el río, que era maravilloso ver de nuevo como las aves, los peces, las cigarras, los jaguares, los micos, los tatabros, los chigüiros y muchos animales iban regresando atraídos de nuevo por esa luz intermitente que sonaba a los oídos de la selva como una canción.

De solo imaginar lo que relataba Dora, me quedaba estupefacta. Nunca hubiese yo concebido, a pesar de todas las “cosas” extrañas” de mi casa, que el mundo fuera tan mágico, tan distinto al que transitábamos ahora con Dora. Más que fantástico, era un mundo desconocido por nosotros los seres humanos.

Tal vez en los cuentos del espejo azul si había manifestaciones como estas. Me pregunté si los escritores también venían de esos mundos selva adentro, y por eso comunicaban tan extrañas verdades.

Luego de aquellos sucesos, contó Dora, que unos hombres llegaron a la orilla y la arrastraron tierra adentro. La dividieron en dos partes, con una parte le hicieron su aspecto de cama y, con la otra, hicieron una marimba.

- “Sabes una cosa Rebeca, cuando yo sentí que algo de mí se desprendió, sentí esa rasgadura de mi corteza, lloré mucho..., pero poco a poco cuando fui escuchando aquellos sonidos, aquella música que parecía surgir de las profundidades del agua, me sentí aliviada”.

“Mi hermana era una marimba. Fíjate, Rebequita, de mi cuerpo salió esa música que ahora parecía susurro de agua entre las hojas secas, parecía a veces viento también. Era como si la música aquella fuera un espíritu. Con la madera que sobro, me hicieron a mí: una grande y cómoda cama que una familia empezó a usar”.

“Vivian en una choza sobre el río y ahí, pasé yo mis primeros años como una cama familiar. Todos querían acostarse en mí, A todos les daba mi calor de madera. En aquella casa, Rebeca, mi hermana, la marimba, me extasiaba con su suave peregrinar de almas que hacía venir con su sonido”.

El sonido de la marimba, según Dora, permitía que los parientes muertos, las cosas pérdidas, los mundos que ya no eran, volvieran a celebrar, de manera invisible, el gozo de la vida.

Dora se quedó en silencio, lela, contemplando como en un espejo aquellos recuerdos. Hacia frio y me fui a acomodar en el regazo de mi adorable Dora.

- “Todas las cosas tenemos música por dentro, mi Rebeca... Todas ayudamos a la melodía del mundo”, me dijo cuándo me recosté en sus entrañas.

Estos recuerdos de Dora actuaban en mi mente como pequeñas bandas de seda que me daban una sensación de alivio, que nunca había experimentado.

A pesar de lo difícil de nuestra situación, Dora había obrado maravillosamente al recordar su remoto pasado, al darme la suerte de conocer todo aquello que me era desconocido de su vida, antes de ser nuestra cama familiar, nuestra adorable Dora.

EL ABANDONO

Me sentía agradecida con este momento y comprendí que la situación que habíamos vivido en nuestra salida a vacaciones, había sido bellamente recompensada. Dora nos salvaba de una noche de dolor y ahora, este pequeño cuarto no era más que un espejismo. Ambas estábamos viviendo en otro sitio; ambas recorrimos el bosque, el río, la selva. Ambas habíamos viajado en la memoria como si se tratase de un pequeño barco.

Hubo episodios que he preferido no narrar por muy dolorosos que fueron para la familia que acogió a Dora por primera vez. No quería que la invadiera la tristeza y, aun así, Dora sollozó largo rato recordando la despedida de aquel paraje de la selva.

Sólo recordaba el ruido de disparos, la sobrecogedora bulla de los aviones en el cielo y las explosiones que se sucedían como si el mundo mismo estuviera acabándose. Todo fue un solo griterío de las personas.

Dora no volvió a escuchar a su hermana, la marimba, no escuchó nada más. Permaneció sola durante muchos días, meses, años, perdida entre la selva. Nadie más vino, nadie.

Esta combinación de alegrías y tristeza había hecho que el tiempo de la madrugada en el calabozo pasara rápido, tan rápido que no supe cuando definitivamente me quedé dormida. Dora también guardó silencio y esperó pacientemente los primeros rayos de sol.

VUELTA A LA CALLE

En casa, a lo mejor, imaginaban que la estaríamos pasando de lo “lindo” y Karla, mi hermanita, estaría pensando en los regalos que supuestamente yo traería del viaje y nosotras apenas estábamos recibiendo el sello de salida de la cárcel distrital,

Me sugirieron resolver la situación de Dora: su vida de indocumentada. Debía conseguirme un permiso provisional de tránsito como si Dora fuese un automotor.

¡Odié los papeles!... y ¡los sellos! y las formas de los despachos. “Nunca olvidare esta experiencia”, me dije y odiaría, por el resto de mi vida, los códigos judiciales y la jergonza inútil de las oficinas.

Ya en libertad, deduje que deberíamos hacer un plan de vacaciones. Había sido un error caminar sin rumbo y exponernos a tantas cosas amargas. Lo mejor era concebir un plan. Además, lo que más quería Dora, era conocer el mar. Eso lo había expresado. Entonces, el paso siguiente era escribir un plan para llegar al mar y evitar los tropiezos de los últimos tres días.

El plan debería solucionar todos nuestros inconvenientes. Me culpé por no haber tenido el dichoso plan antes de partir..., pero las circunstancias eran las circunstancias. Ahora era el momento.

Aún no salíamos del pueblo y nos sentíamos agotadas y sumamente tristes. Nadie sabe de la humillación y la tristeza que embarga un calabozo. Pero de nuevo en la calle, Dora y yo podíamos cambiar nuestra suerte y destino. Ya no caeríamos más en las trampas que el mundo tenía para no dejarnos ser libres... ¡Ya no caeríamos!... ¡Ya no caeríamos...! ¿Ya no?

EL PLAN

Sin dudas, lo que Dora y yo necesitábamos era tranquilidad y reposo y en el mar, hallaríamos las fuerzas necesarias para curar el dolor de nuestros corazones.

Recordé para Dora, el cuento del barco de papel gigante que había construido el tío Edinson, para iniciar una travesía navegando por el río del pueblo hasta llegar al mar. Era una verdadera locura, pero el insistió en su sueño y cuando fuimos a ver su barco de papel, nos pareció monumental, gigantesco.

Hubo necesidad de usar grúa para sacarlo de la casa.

Era prodigioso verlo izado sobre la terraza como el esqueleto de un mamut, azotado por el viento.

Aquel día, la algarabía fue total. En una crecida del río, el tío Edinson y otro grupo de tías, primos y primas, muy dementes ellos, se echaron al agua como expertos navegantes. El tío Edi, como le decimos de cariño, iba vestido de traje de corsario; llevaba un astrolabio y un mapa y los otros, llevaban parches de pirata en los ojos.

El viaje les duro poco. A las cuatro horas, el gigantesco barco de papel, que llevaba una bandera roja y como insignia, una estrella y a quien el tío había bautizado como ICARO II, naufragó estrepitosamente en un remolino.

El tío Edinson le tenía pánico al agua y, aun así, se mantuvo erguido en la cubierta, mientras la nave zozobraba, en medio de las palabras soeces que lanzaban los demás integrantes de la tripulación, que apenas eran piratas disfrazados con sus trajes empapados.

Mi papá fue en el jeep de la familia a buscarlos. El suceso fue noticia local y, aún tío Edi, conserva la foto amarillenta, que recortó del periódico y que relata los sucesos de aquella embarcación, doblada como una servilleta entre el agua corrientosa.

En la foto, sólo se alcanza a ver el mástil de color verde, en su cima, ondeando un trozo de bandera y, más allá, se ve la cabeza de un zopilote en la orilla del río.

En estos momentos, el tío Édison trabaja en el diseño de un nuevo barco con el que quiere navegar del océano Pacífico al Atlántico. Piensa, según él, batir un record. Además, quiere llegar a la Antártida para encontrar vestigios de una civilización antigua que, según él, se hundió en el mar.

- “No tienes sentido común”, le argumenta siempre mi papá.

- “Mira el sentido común donde nos tiene el mundo”. Eso, siempre le ha replicado el tío mientras selecciona papel y cartón, para su nueva embarcación que piensa llamar Isaac y Abril. Cabe decir, que los antiguos tripulantes de la nave naufragada no quieren saber nada de esta nueva aventura en el mar. Todos colgaron sus trajes de pirata, en el closet del último cuarto de la casa.

Al recordar este episodio, me di cuenta de cuanta falta nos hacia el contacto con la casa. Allí todo era natural. En casa, las cosas ocurrían simplemente y, por primera vez, entendí la frase de Inocencio, un bisabuelo que había nacido ciego:

“No puedes vivir sólo de cumplir reglas, porque terminarán matándote” solía decir. El bisabuelo era el que mejor contaba cuentos y, además, corríamos a donde él, cuando no entendíamos el significado de algún sueño o pensamiento.

Él siempre descifraba el mensaje oculto, que no lográbamos entender. A veces, junto a su puerta, hallábamos una larga fila de parientes, esperando poder contar al bisabuelo Inocencio, algún enigma nocturno.

Pero, el caso era nuestro plan. Lo discutí brevemente con Dora, que empezó a sentirse incomoda cada vez que avanzábamos en la calle. La molestaban los continuos bocinazos de los autos, que acompañaban con alguna frase estúpida.

Creo que Dora se estaba sugestionando y esto, le hacía perder su concentración en lo que hablábamos. Tomé el liderazgo del plan y lo resumí en las siguientes actividades.

1. Conseguir gafas, bloqueador solar, vestidos de baño (uno para Dora -tarea casi imposible- y otro, para mí.) y una pelota de colores que Dora quería. (Porque lo había visto en una fotografía en el álbum familiar). También comprar toallas playeras... y chancas.

2. Laminar el permiso provisional de Dora (Esta fue decisión mía. Además de tomarle una foto a Dora, y pegarla en la parte superior del permiso. Así estaría listo su carné de identificación)

3. Comprar un celular. (Había olvidado el mío por el afán de la salida. Compraría tarjeta para recargarlo).

4. Almorzar (habíamos salido después del medio día por lo de los trámites policíacos).

5. Tomar un taxi para llegar al terminal de transportes.

6. Comprar pastillas para el mareo (Siempre cuando viajo lo hago).
7. Reservar una cabaña, al llegar a la playa.

El plan estaba listo, pero cuando fui a realizar el primer punto del plan, me percaté de que no tenía dinero. Como en nuestra casa nadie se preocupaba por tenerlo o depositarlo en algún banco, a todos siempre nos ocurría lo mismo; era en lo último en que pensábamos para... para alcanzar nuestros sueños.

En casa nadie era “dueño” del dinero. “La moneda es para quien la necesite” repetíamos todos, desde los “tátaras” hasta los más pequeñitos. Que yo recuerde, nadie nunca sufría, en casa, por el dinero. Si lo había, bien...y si no..., también.

Yo, Rebeca, era la única que tenía un poco de “tacto” con el bicho del dinero, y era por razones de mi trabajo. El salario me lo consignaban en un banco.

No quiero recordar el patatús que armé en la oficina de personal, cuando me dijeron que era obligación abrir una cuenta bancaria. ¡Que pereza gastar el tiempo en los bancos y ver la parsimonia de los que ahorran!... ¡Uy!

Desde aquel día, me gané el remoquete, en el hospital, de la doctora “Patatús”.

Pero, ahí estaba yo, con un plan para ejecutar, pero sin un céntimo para realizar las compras. En casa, cuando no teníamos suficiente dinero, hacíamos recolecta entre todos. Usábamos lo necesario y repartíamos lo que nos sobraba. Luego, volvíamos a repartir y también sobraba. Entre más repartíamos..., más sobraba.

“Es la matemática del corazón”, nos explicaba tía Carlota, quien un día se marchó a un monasterio lama, en lo más alto del Himalaya, seguida por siete de los primos..., no, que digo, “recuerda, Rebeca”, me dije a mi misma. “Se marchó fue con doce de los primos mayores”.

ISABEL

No nos quedó más remedio que sentarnos en el muro de un jardín, a pensar cómo salir de aquel atolladero en que estábamos y lograr cumplir el plan que nos habíamos trazado. No era nada fácil.

Yo sentía que Dora se sentía frustrada, cansada y, además asustada, pobre Dora. La adorable Dora estaba añorando la casa y el bullicio de los primos menores jugando sobre ella, a tirarse almohadas y a pegar brincos tan altos que les hicieran sentir la ilusión de tocar el cielorraso de la alcoba principal.

-“¡Qué lindo vestido!”, escuché decir a mis espaldas.

Yo tenía la cabeza metida entre mis piernas en la posición del avestruz. La alcé y me topé con el rostro de una mujer blanca, con unos ojos claros, resplandecientes. La enfoqué aún mejor. Tenía pelo ensortijado y de color rojizo y un aspecto de chica turista de corte europeo. Esa fue mi impresión.

- “¡Qué lindo vestido! ¿Quién lo diseñó?”, nos preguntó a Dora y a mí.

No atinaba, yo, a decir nada, pero sonrío.

- “Mi nombre es Isabel”, nos dijo y extendió su mano hacia nosotras.

- “Rebeca”, dije muy simplemente.

- “¿Y tú?”, le preguntó a Dora.

Dora se sintió extraña. Bien sabíamos que no la escucharía.

Mi padre siempre insistía en que las cosas en la casa eran “otras cosas”, pero que afuera eran iguales a las demás cosas. Yo no lo entendía bien. Era casi un trabalenguas, pero en casa captábamos bien esa idea.

“Es que la casa está atada a un ángulo que permite la rotación dimensional necesaria para atravesar los centros magnéticos” explicaba el abuelo, Diego de Jesús, a quien llamábamos “Biblioteca Ambulante”, pues todo lo que se le preguntaba, lo sabía.

Aun así, nos quedábamos con la explicación de papá sobre las “cosas”. Era mucho más divertida.

- “Dora”, dijo consternada, Dora.

- “¡Qué lindo nombre!”, dijo la mujer.

¡Que sorpresota! Lo primero que haría, sería contarle a la familia, cuando regresáramos de vacaciones, este extraño descubrimiento; el que, seguramente, había otros parientes, viviendo en el pueblo.

Isabel nos informó que vivía cerca y nos invitó a tomar una taza de café. Al llegar a su casa, Dora no tuvo ningún inconveniente al traspasar la puerta y yo estaba más relajada y reía con los apuntes de Dora, que estaba feliz de ser escuchada por un “extraño”.

Dora parloteaba y parloteaba. Era una casa humilde, rodeada de árboles y enredaderas. En el interior, había varias bibliotecas, cuadros de pintura, estatuillas de cerámica por todos los rincones. Era agradable estar allí.

Isabel entendió mi mirada sobre los libros.

- “A todos en esta casa nos gusta leer”, me dijo. Además, mi esposo es escritor.

- “¿Escritor?”, dije atolondrada.

- “Sí, escribe cuentos para niños.

- “¡Qué bien!”, dijo Dora, que no se perdía un ápice de la conversación.

- “Lástima, que él no las pueda conocer. Anda de viaje con nuestras hijas”.

- “Ah”, dije yo, sintiéndome más cómoda en aquella sala y con semejante compañía.

Dora que tenía la lengua rápida y ansiosa, se “soltó” sobre las cosas que nos habían ocurrido. En especial lo de la “poli”.

Afortunadamente, no le habló de nuestra falta de dinero. Me hubiera sonrojado de la vergüenza.

Isabel escuchaba atenta la voz cambiante de Dora.

“¿La escucharía igual que nosotros en casa?”, pensé yo... Por sus gustos, deduje que sí.

Isabel nos invitó a almorzar. Había preparado un succulento plato de arroz con pollo, a pesar de estar sola en casa.

- “Siempre cocino como si tuviera invitados”, nos dijo mientras servía las viandas que exhalaban un rico aroma a especias vegetales.

Almorcé como nunca. En la estación apenas si probé bocado.

No me solté en explicaciones sobre Dora cuando Isabel sirvió un gran plato. Comprendí que ella era como nosotros en casa y debería saber que las “cosas” como Dora también sufrían de hambre.

- “Son humanos con otra apariencia”, decía papá cuando encontraba en la despensa a algún Martínez, mordisqueando la jalea de guayaba que les encantaba.

Isabel nos sirvió una copita de vino

- “El vino es de Madagascar y ayuda reponer las fuerzas y el ánimo”, dijo al servirlo. Era un vino súper delicioso. Su sabor parecía interminable en el paladar. Era un sabor completamente desconocido para mí.

LA DESPEDIDA Y LA SALIDA

Estábamos en la puerta del hogar de Isabel, Dora y yo, emocionadas y nostálgicas de despedirnos de ella.

Dora siguió con su cotorreo de cama en plan de vacaciones.

- “¡Ah se me olvidaba!”, nos dijo Isabel y entro rápido a su casa. Al instante, regresó. Traía un libro entre sus manos.

- “Este es mi regalo para su viaje”, dijo y extendió el libro.

Había sido escrito por su esposo y se titulaba: “Orestes López, nuestro gran músico de pacotilla”.

En el interior había escrito una dedicatoria.

“A Rodrigo, a las niñas también... les hubiera encantado conocerlas. Hablaré siempre de lo maravilloso de su viaje... con amor, Isabel”.

El Isabel estaba escrito con una letra dulce, si es que las letras pueden serlo y, parecían como un dibujo primitivo.

Nos sentimos conmovidas y creo que, a Dora, le asaltaron algunas lágrimas de cama. Con la emoción contenida en su corazón de artefacto, abrazó a Isabel.

- “Recuerden no variar su camino y también recuerden que ningún camino es recto”, nos dijo Isabel con una gran sonrisa.

“¡Qué mujer! ¡Qué ser humano!”, nos dijimos Dora y yo, para las dos... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

EL ENCUENTRO

Buscamos las calles que nos llevarían al terminal. Aún no resolvíamos el asunto del dinero, pero después de aquel almuerzo y la bella compañía de Isabel, lo habíamos olvidado.

Íbamos recordando los pormenores de nuestro encuentro con la gran Isabel, cuando divisé a lo lejos, en las butacas de una heladería... al...al...al... ¡tío Kazán!

- “¡Tío Kazán! ¡tío Kazán!” grité como loca y salí corriendo hacia él. Me olvidé de Dora. Lo abracé con fuerza y aún jadeante, por la embestida que había hecho al verlo.

- “Mi Rebeca, mi sobrina favorita...mi linda Rebequita... ¿Qué haces?”, me preguntó el tío con absoluta ternura.

En un instante reaccioné y me acordé de Dora. Venía con un pasito cansado atravesando la calle. Tío Kazán salió a su encuentro, estaba emocionado de ver a Dora. El tío recordó para nosotras lo de la votación y se echó a reír.

Volviendo a la realidad, me di cuenta de que la mujer pequeña nos miraba. Vi también que otros extraños personajes reían con nuestro encuentro.

- “Estos son mis amigos del circo, decidí volver con ellos”, nos dijo tío Kazán.

- “Salimos a comer helado. Es una costumbre circense”, añadió el tío muy orgulloso de la escena que veíamos.

Uno por uno, se presentaron y todos, absolutamente todos, escuchaban a Dora, quien había causado una impresión fantástica en el improvisado auditorio. Unos payasos gemelos le hacían monerías y Dora reía sin parar.

Luego, entró en conversaciones con “la mujer más gorda del mundo”. Así, se nos presentó, ella misma. “Tal vez, tuvieran empatía por su volumen”, pensé. Lo cierto, es que Dora fue la atracción principal en aquella heladería.

Conté a tío Kazán lo sucedido y el propósito de nuestro plan. Lo hice rápido, temiendo que el tío Kazán desapareciera de un momento a otro.

La mujer pequeña era muy celosa y empalagosa. Con una jergonza que no entendí, el tío la obligo a retirarse.

Quede a solas con mi tío, quien me contó que todos ellos viajaban esa misma tarde hacia la playa.

“El mar repone fuerzas y da tranquilidad”, me dijo tío Kazán, mientras salía a llamar al dueño del circo. En un santiamén, llegó el hombre y le explicamos la situación. Llevaba un cubilete de mago en su cabeza y estaba encantado con Dora.

Inclusive, me ofreció compra por ese “maravilloso espectáculo”. Intenté explicarle que Dora era de mi familia y que no tenía precio, pero él seguía sin entender.

- “En mi familia, nada está en venta”, le dije un poco alterada y ahora, sí pareció entender. Accedió gustoso a que viajáramos con él, pero pidió y rogó que Dora lo acompañara, en su furgón de lujo.

- “Déjeme disfrutar de tan elevado prodigio de la fantasía”, me dijo entre risas y aplausos que él mismo daba como si hubiera alguna función invisible entre nosotros,

Las cosas nos iban saliendo y Dora estaba “encaramelada” con sus nuevos amigos, que se olvidó, casi por completo, de mí. Me sentí incómoda, pero comprendí su necesidad de ser aceptada. “Así, somos todos”, pensé.

EL VIAJE

Por primera vez en nuestro viaje, Dora y yo nos separamos. Por más que le insistí, don Napo, que así llamaba el dueño del circo, no acepto otro trato. Dora viajaría en su furgón de lujo, con todas las comodidades de una vedette. A mí me tocó viajar en el furgón de los trastos y utensilios, junto a dos bailarinas y un payaso muy anciano. El tío Kazán me dio ánimos.

- “Rebeca, recuerda que es su viaje, no el tuyo. Ella está siendo ella misma”, me dijo mientras buscaba una plancha para desarrugar su kimono.

Lo que vi fue cómo todos los malabaristas, los trapecistas, subieron a Dora en el primer furgón, que llevaba un letrero muy grande, en letras rojas, verdes y amarillas, que decía: CIRCO ANDROMEDA...UNA CONSTELACION DE ESTRELLAS. Las letras estaban dibujadas en espirales como imitando un croquis de la Vía Láctea.

El viaje fue ameno y divertido. El tío Kazán decidió acompañarme todo el tiempo y se negó a abordar su furgón. Aunque la distancia al mar era muy grande y en un camión cargado, se iba más lento... El tiempo parecía estirarse... Puedo decir que no sentí el viaje.

Con mi tío Kazán matamos el tiempo jugando a las cartas y cantando canciones viejas con nuestros acompañantes. La mujer pequeña estaba disgustada de viajar entre tantos chécheres y decidió, mejor, irse al furgón del tío.

Siempre recordaré como nos divertíamos, con aquel estribillo de:

“El rey de micoscocaridibi tiene una micoscorabieta y la reina micoscocaridiba le da un golpecito en la jeta”

La cantamos hasta el cansancio. El eco de nuestras voces retumbaba en el furgón y a través de las ventanillas, se colaba el ritmo ahogado de nuestras voces, que repetían cada vez más rápido y sin pausa, ese estribillo.

Me quede dormida en un tramo del camino, hasta que el bullicio de la gente de un pueblo, anclado en la montaña que nos separaba del mar, me despertó.

La muchedumbre estaba feliz, viendo pasar la caravana circense. Nos detuvimos allí dos horas. Don Napo quería que la gente conociera a Dora, su nueva amiga. “la cama parladora” así la había bautizado él.

Me molesté un poco ante tamaña popularidad repentina, pero decline mi enojo. Por fortuna, don Napo no cobró por el entretenimiento con Dora. Me hubiera encolerizado si lo hubiera hecho.

Dora transmitía una oleada de sensaciones a todos los que se acercaban. Los niños disfrutaban, tomándose fotos con ella. Un perro le ladraba y le ladraba como atemorizado; un par de niñas y una mujer muy bonita lo llamaban “¡Lucas! ¡Lucas!”, le decían: “es una cama de pie”, pero Lucas insistía e insistía en ladrarle. Dora lo miró con tal ternura que el perrito dio vuelta sobre sí y con la panza arriba, sintió las caricias invisibles de Dora.

No podíamos negar que Dora, nuestra adorable Dora, tenía magias que en la casa no habíamos detectado. Tenía poderes que incluso iban más allá de cualquier comprensión. Dora no solo era esa cama de la familia, ese sostén de las generaciones, sino, ante todo, un fenómeno de la vida, de la realidad más auténtica de la que tengamos noticia. Era un prodigio de la naturaleza cósmica. Algo así pensé, para no entrar en más detalles.

Todas las demás atracciones del circo pasaron a segundo plano, por culpa de la nueva “vedette”, Dora, ja, ja, ja, ja... ¡Quién lo iba a imaginar! Sentí de repente que Dora ya no me necesitaba. Lamenté haber apoyado su viaje y prestarme como lazarillo para su odisea.

LA FIESTA

En esto pensaba cuando llegó uno de los payasos a nuestro furgón y me entregó una tarjeta de invitación, firmada por don Napo.

La tarjeta decía lo siguiente:

El circo Andrómeda, una constelación de estrellas, tiene el gusto de invitarlo a la fiesta de bienvenida en honor a Dora “la cama parladora”

Hora: 11 pm

Sitio: Furgón de lujo

Atentamente,

Don Napo

Pd: llevar presente.

Así rezaba la invitación. Además de todo lo que había visto yo, se haría una fiesta por Dora y se pedía regalo. Dora era pues, ahora, toda una celebridad. Perdí el control y tiré la tarjeta al suelo. Tío Kazán la recogió y se acercó a mí.

- “Rebeca, Rebeca, mi adorada sobrina...todo viaje trae sus consecuencias que jamás imaginamos. Nunca somos tan felices hasta cuando lo inesperado nos toca con su varita. “¿Me entiendes?.. ¡Si de algo te sirve llorar, hazlo!” (esa fue una orden para mí y así, lo hice...lloré y lloré porque me sentía abandonada por mi adorable Dora)

Quién sino yo, la apoyé en su plan de viaje, quién sino yo, había sufrido con ella... y ella era ahora toda una estrella... y ni siquiera me había enviado un mensajito.

Después, ya completamente relajada, volví a cantar con mi tío la canción del rey y luego, me vestí lo mejor que pude para la dichosa fiesta. Por primera vez, fui consciente del escaso equipaje que llevaba.

Don Napo hizo detener la caravana circense en un paraje de llanura, ordenó que acomodaran carpas auxiliares y conectaran los reflectores de las plantas eléctricas. Se improvisó un salón de fiestas.

Olvidó la idea del furgón porque le pareció más especial con Dora, hacer un salón en la hierba y sobre una tierra arenosa, ordenó a los auxiliares colocar el redondel de las presentaciones y allí, en el centro, destinó una gran silla, en donde supuse se sentaría Dora, la “gorda”. me dije, aún con rabiecita, pero al instante, me arrepentí de tal crueldad. “¡Dora, mi adorable Dora!”, musité como forma de perdón a mí misma.

Todo el mundo se movía. Iban y venían con viandas de comida y bebidas. Unos tropezaban con otros. Don Napo había ordenado que todo estuviera “a pedir de boca” como Dora se lo merecía.

- “Hola niñita, ¿Dónde te habías metido?”, me dijo Dora cuando me vio cerca de ella.

“¿Niñita?”, era primera vez que me llamaba así. “¡Conque esas tenemos!”, pensé. Ya no más “Rebeca, ni Rebequita sino “niñita”, totalmente impersonal, ese vocablo... “Así, paga el Diablo a quien bien le sirve”, dije en voz alta aquel refrán de la “tátara” Esneda, pero Dora no se dio por aludida y con una seña me dijo que me sentara a su lado.

Los payasos la habían maquillado de un modo estrafalario. Se veía cómica, pero no ridícula. Estaba orgullosa de su nuevo “look”. A los pelos de los Martínez les ensortijaron chaquiras de colores. Tenía el típico peinado playero y sobre el vestido, llevaba una capa de terciopelo azul, regalo de don Napo. De veras, parecía otra Dora, una verdadera celebridad.

Dora me relató las últimas horas de su viaje, desde el momento en que nos separamos. Al principio de su charla, me porte rígida y algo distante, pero luego de ir escuchando su voz cambiante y la narración de los episodios de su pequeña epopeya, cedía a la risa y la felicidad. En verdad, Dora era otra. El viaje la había cambiado

Había adquirido un tono de seguridad que sólo papá tenía en la familia. Dora ya no contaba sólo con nosotros, ahora contaba con ella misma. Eso era importante. Le conté lo de mi “berrinche” por su ausencia.

Ella me acomodó en su regazo, en donde le habían puesto una gran colcha dorada con su nombre pintado en rojo carmesí y me cantó aquella canción de cuna que ninguno en la familia olvidaba.

- “Rebeca mía, no temas por mí, por nuestro cariño. Si no estoy contigo, también estoy contigo”, me dijo y sentí que algo del modo de hablar de mi padre se le había contagiado.

- “Rebequita, nunca una unión es para siempre. Nunca se disuelven los lazos con quienes amamos. Tampoco, sufras si nos separamos; es la única manera de adquirir conciencia, Rebequita”.

Dora se había transformado; eso no sólo se sentía en sus palabras, sino en sus ademanes de cama. Era otra.

- “No sé por qué razón los seres humanos sufren por las partidas si nunca se parte, siempre se está... Las cosas se quedan de alguna manera entre nosotros, Rebequita. Basta con que abras la ventana y el viento te trae la magia de sus voces, basta con que mires el atardecer y el cielo te trae sus sonrisas. Nada se destruye...todo continua aunque no lo veamos.

Estaba sorprendida por esta nueva Dora que me acogía con ternura en su regazo recién pintado.

- “No sabremos nunca qué realmente nos une en el universo... pero de seguro, Rebeca, algún día comprenderán ustedes, los humanos, qué los lleva una y otra vez a estar juntos siempre. No temas, Rebeca, nunca estarás sola. Siempre hay seres que están contigo...seres que a través de ti, ven el maravilloso flujo de la vida e igual que las luciérnagas que te conté,... ¿te acuerdas?, vendrán a ti en un momento inesperado”.

Estaba delante de una Dora que no sólo hablaba a veces como papá, sino que emitía afirmaciones con una seguridad que se me antojaba profética.

- “Vendrán tiempos nuevos mi Rebequita, tiempos en que la gente comprenderá el valor del cielo. Vendrán cielos esplendorosos para todos, mi adorada Rebequita...mi niña”.

Dora se echó a reír de una manera jocosamente que atrajo la mirada de todos los que se preparaban para la fiesta.

EL SHOW

Hubo un show circense inolvidable y cada artista ofrecía su número a Dora.

Los payasos hicieron de la suyas. Se echaron agua, talco y, después de tropezar y tropezar, lanzaban alaridos como salvajes. Nos hicieron reír, sus monerías que semejaban a las películas mudas de Chaplin. Fue un grandioso espectáculo.

Los trapeceistas me hicieron perder el aliento, quedé muda y con la respiración a mil. Por un minutito... casi muero... casisito muero... Se lanzaron por cuerdas que habían instalado en grandes postes de hierro... Caminaron por la cuerda floja en medio de la noche y las estrellas, fue espectacular verlos y Dora reía y reía y alzaba su mirada de cama para mirar, más allá del cielo, los meteoros que viajaban de seguro hacia la casa.

Los malabaristas se lucieron, eso sí, iban y venían con cientos de objetos y los lanzaban al aire, los cogían y volvían a lanzarlos. Era imposible, con dos manos, poder manejar toda aquella infinita gama de objetos y cosas. Parecía que tuvieran en sus manos, como grandes imanes; las cosas no se iban de su lado. A Dora le divirtió que uno de los objetos cayera cerca de ella... Era parte del juego circense.

Pasaron los domadores de perros y de gallinas. Pasó, también, el de las pulgas amaestradas.

Llegaron luego los contorsionistas. Eran como de goma y se estiraban y doblaban como si fueran de papel. Uno trepó sobre Dora como si se tratase de un árbol. Eso fue apoteósico. Era una verdadera locura, verlos completamente flexibles, como sin huesos, doblarse como un ocho. El show era espectacular.

Vino el turno para los magos. Vinieron muchos con varios trucos. Sacaban conejos del regazo de Dora. También, sacaron una paloma que se echó a volar. Eran muy divertidos. Le tocó el turno, al tío Kazán. Pensé en ese momento que el tío haría el truco del hombre invisible y quedaría yo, completamente sola.

Al tío le susurré antes de que empezara, que por favor no se desapareciera. Él sonrió como dándome tranquilidad, pero desapareció en medio de todos. Pasó media hora y el tío por ningún lado. La mujer pequeña empezó a despotricar y llorar. No era posible si el tío me lo había prometido...o fui yo quien creí en su sonrisa...estaba desesperada ya. Después de una hora el tío Kazán apreció en el regazo de Dora, quien rio como nunca. Yo descansé. La mujer pequeña corrió a abrazar al tío Kazán, se veían inseparables.

La fiesta parecía interminable. Luego se repartieron las viandas, todos comían una cosa y otra. Le entregué mi regalo a Dora, eran unos cocuyos que había cogido cerca del furgón y había guardado en una cajita. Se los coloqué en su nueva melena y quedo tan divina. Le pedí a don Napo que nos tomara una foto, es la foto que aún conservo de nuestro viaje al mar.

Al finalizar la fiesta miré ese cielo pleno de estrellas y de soles aún sin despertar. Dora se me acercó, se sentía cansada, pero agradecida porque nunca antes nadie había hecho un reconocimiento para ella y ahora sentía que parte de su vida la había pasado en servicio a los demás.

“Siempre las estrellas nos dirán quienes fuimos y quienes seremos, Rebeca”.

Me abracé como muchas veces a ella para sentir la corteza de sus barandas.

“Esas estrellas que ustedes tanto observan están dentro de ustedes mismos. Cada cosa que hay allá arriba, también está acá abajo. Cuando caminamos, lo hacemos sobre el cielo. Las estrellas también nos miran y se preguntan por nosotros; es la creación que vive en ustedes.

Dora se sentía inspirada al hablarme así.

-Siempre vamos de paso, siempre, mi querida Rebeca. No somos de acá solamente, pertenecemos a todo lo que vibra como el agua, el fuego, el aire y la tierra misma.

De verdad que era una noche esplendida en estrellas y, sobre todo, en estrellas fugaces, que pronto empezamos a contar con Dora.

¿De dónde había aprendido Dora tantas cosas extrañas? Me pregunté, para mí misma.

-Nada es un secreto mi Rebe, todo es claridad y transparencia...solo necesitamos sintonizarnos con lo que vivimos, me dijo.

Me asusté un poco. Hasta parecía que esta Dora leyera el pensamiento.

Después de contar estrellas fugaces y de hablar con Dora sobre muchas cosas, nos fuimos a dormir. Al amanecer escuché el grito de don Napo, ordenando a la caravana continuar. El mar nos esperaba.

EL MAR

Al mar llegamos cerca del mediodía. Los gritos de Dora llenaron todos los furgones. Corrí hasta donde estaba ella. Se hallaba conmovida y lloraba mientras la bajaban a la playa. Era algo extraordinario verla gritar y reír. Yo no acertaba a decir nada.

Nunca en mi vida había visto a alguien o “algo” tan trastornado por el mar. Era una locura, una completa locura. Los hombres la acomodaron muy cerca de la orilla, el oleaje de la mañana empezó a lamer su patas y sus barandas repujadas.

Dora estaba fascinada con el fluir del agua en su madera cansada. Hubiera querido ella que una ola repentina la arrastrara a navegar y, luego, bajo el chillido de las gaviotas, hundirse hasta el fondo del mar.

EL MAR Y LAS GAVIOTAS

Un par de gaviotas volaron cerca de ella de pronto. Una de las aves se posó en Dora. Yo veía desde arriba de un terraplén. Los muchachos del circo estaban como a cien metros de ella. Don Napo saltaba de la emoción y tomaba fotografías de este instante. Me maldije por no tener mi celular conmigo. Este momento era histórico para la familia.

Dora avanzaba y avanzaba entre la arena con su paso de cama.

“¿Hola quién eres?”, le dijo la gaviota a Dora

Yo soy Dora, ¿y tú?

-“¿Pero que quien eres? Volvió y le insistió la gaviota que había encontrado lugar en una esquina de las bandadas de Dora.

- “¡Ah! Soy una cama”.

La gaviota se echó a volar cielo arriba hasta que se encontró con su bandada. De pronto mientras mirábamos como Dora era reflejada por el sol en la arena brillante y su sombra cubría los cangrejos y tortugas, la bandada de gaviotas, en picada, llegaron hasta donde Dora. La picotearon aquí y allá y Dora rio como estimulada por alfileres de hielo. Eso me dijo ella después.

-“Ella es Dora, la cama”. Dijo la gaviota, girando hacia sus compañeras de bandada.

La saludaron con su pico... le hicieron cosquillas.

--“Nunca habíamos visto una cama venir al mar”, le dijeron. Yo tampoco había visto a una cama hablar con gaviotas, contesto Dora, riéndose aún.

Las gaviotas revoloteaban sobre Dora. Era un espectáculo fascinante por la enormidad de Dora, trastrabillando en la arena. Parecía a punto de desplomarse y las gaviotas se espantaban entre chillidos.

-“¿Dónde están las sirenas?”, pregunto Dora.

-“Aún no llegan”, dijo la primera gaviota.

-Pero existen...¿sí?, dijo, como dudando, la pobre Dora

- Sí, dijo la gaviota, pero últimamente tienen miedo de los que vienen a bañarse.

-“¿Por qué?”, preguntó Dora, aún temblorosa en su avance

--“No les interesa verlas”.

-“¿Cómo así?”, interrogó Dora, que alcanzo a ver la sombra de un barco, dibujándose en el horizonte.

-“Es que mi... ¿cómo es que te llamas?”, preguntó la gaviota.

-“Dora, mi nombre es Dora”.

“Mira Dora... la gente ha dejado de soñar en sirenas...vienen sólo a broncearse, a tenderse bajos los toldos de colores”.

Dora, la pobre Dora no comprendía nada. Ella solo quería sus sirenas, había escuchado esas historias de mares desde que llegó a casa y ahora resulta que eran cuentos...

-“¿Pero, existen?”, volvió a preguntar, Dora.

-“¡Claro que sí!”, dijo la gaviota. Pero, ya te dije que ya no importan...ya nadie quiere verlas.

-“¡Imposible!”, dijo Dora, presa de un sentimiento de impotencia único.

Desde el terraplén quería yo adivinar qué pasaba entre Dora y la bandada de gaviotas, pero se hacía imposible. Así, que decidí bajar corriendo a la playa para estar más cerca de ella.

- “¿Y dónde están los mensajes en las botellas?”, preguntó Dora a la gaviota. Las otras ya habían emprendido rumbo hacia el cielo.

-“Mira, Dora, ya no hay mensajes, ya nadie cree en el destino. Sí hay botellas, muchas, muchísimas, pero están contaminado el mar.

-“¡Ah!”, dijo Dora.

Ella no lograba comprender la dimensión de las palabras de la gaviota. Soñaba con los mensajes en botellas. Eso lo habían leído los niños en casa, cientos de veces. Ellos le habían contado cuentos y novelas de mar y ahora era tan sólo un mero recuerdo.

LAS PREGUNTAS DE DORA

Cuando llegué a donde Dora, la sentí triste, muy triste, a pesar de que el mar le traía olas a sus patas húmedas.

-“¿Qué pasa, mi adorada Dora?”, le dije.

La gaviota emprendió rumbo hacia el cielo radiante del mediodía. La vimos perderse en un cielo despejado, pulido como una lámina de vidrio.

-“Ya no hay nada en el mar”, me dijo Dora, presa de cierta ofuscación.

-“¿Cómo así?”, le interpele.

-“A nadie le importan las sirenas ni tampoco, los mensajes en las botellas. El mar está en peligro”.

Ambas callamos.

-“¿Rebeca, aún hay barcos fantasma en el mar?”, me pregunto ingenuamente.

No supe que responderle de inmediato, pero...

-“¡Claro que sí Dora!, eso siempre ha habido y creo que nunca dejaron de estar en los océanos, sobre las olas y sobre todo, en noches de tormenta”.

Fue el minuto más difícil de mi existencia, antes de contestarle de esa forma a Dora

Sentí la felicidad de Dora ante mis palabras.

-“A mucha gente aún le gusta lo invisible”, rematé con esa sentencia.

-“Lo decís por el tío Kazán”, me dijo Dora, que contemplaba, ahora, el horizonte marino con una fuerza en su mirar que nunca he visto en ningún ser humano.

“¿Rebeca el mar es un imán?”

-“¿Qué cosas dices, Dora?”, le dije...estas “rayada”.

-“No es cierto, no estoy loca, mi Rebe...porque el mar nos atrae a todos... el agua es poderosa”.

No supe que contestarle, En esas llegaron don Napo y tío Kazán.

-“¿Y el rey Poseidón, existe?”, preguntó Dora

-“¡Claro que sí mi querida Dora!”, dijo el tío Kazán. A veces converso con él.

Dora se sintió de nuevo entusiasmada. Este era el mar que ella había soñado, un mar plagado de personajes, de historias...

- “¿Me lo presentarás, mi lindo tío Kazán?”

-“¡Claro que sí, mi Dora, claro que sí! esperemos la noche”.

-“¿Sólo sale en la noche?”

-“Sí, mi Dora, porque de lo contrario lo apresarían. La gente le teme a lo desconocido”, dijo melancólico mi tío.

-“Es mejor que la gente no lo vea... así es mejor”, dijo Dora y se lanzó sobre el mar.

Flotaba como un inmenso planchón de madera bajo el graznido de las aves que surcaban el trópico.

LOS TRES DIAS

Lo cierto es que permanecemos tres días en la playa. Tres días que, ahora que me acuerdo, parecieron tres años o más, por el sin número de situaciones que vivimos.

En las noches hacíamos fogatas y don Napo nos deleitaba con historias de antes del diluvio. Eran cuentos solo de animales y decía que antes de que el hombre apareciera sobre la faz de la tierra, ya había hombres en otras galaxias, que estaban viajando a través del universo. Buscaban dónde hacer un mundo nuevo, un mundo en donde pudieran establecerse sus hijos.

Don Napo, todo lo narraba con tal seguridad, que uno creía, en verdad, que todo aquello recién hubiera ocurrido. En su voz, no había tiempo.

Eran mundos extraños para mí, los que don Napo nos traía, pero yo los sentía muy familiares, con sus historias de reinos de tortugas gigantes; el reino del agua, de donde habían partido seres microscópicos a conquistar las orillas de las rocas que caían del cielo.

En verdad las historias que alrededor de la fogata se relataban hacían tambalear nuestra memoria, era como si un hilo gigante tirara de nuestra memoria y salían a la superficie imágenes de un mundo en permanente creación y disolución,

Dora hacía preguntas con cada historia que escuchaba. Tenía una manera peculiar de ver esas realidades que la voz de don Napo nos transmitía. Para Dora, toda aquella amalgama de sucesos era normal, parecía que ella supiera más que yo sobre el origen del universo, que tanto yo había estudiado con el tío Oscar cuando cazábamos meteoros.

El mundo se desdobra ante mis pies por efecto de las historias, se volvía maleable como plastilina y todo, absolutamente todo, cambiaba de forma, de estado, de tiempo. Realmente era divertido saber que las palabras de don Napo nos hacían eternos por segundos.

LA PROMESA

Una noche, Dora me hizo prometer que no fuera a contar todos los sucesos que nos habían ocurrido en nuestro viaje. Me hizo prometer, bajo juramento, que el mundo que habíamos hallado junto al mar, no sería revelado.

-“Hay que darnos tiempo de asimilar esto que hemos vivido, Rebequita”, me dijo.

Para ella las cosas eran sagradas y era necesario mantenerlas en secreto hasta que pudieran ser comprendidas en su totalidad y con absoluta naturalidad.

-“Nada de esto que hemos vivido pertenece a la fantasía o es irreal, mi querida Rebeca. Esta es la verdadera historia de la vida... la vida que ha tenido que ocultarse por razones que desconocemos”.

Me pareció una Dora más extraña aún que la del circo. Estaba frente a otra Dora que parecía conocer o haber vivido aquellas realidades que nos traía don Napo.

Por un momento pensé, “¿Cuánto tiempo llevaba el espíritu de Dora rondando en la tierra y porque no... en el universo?” No sabría nunca esa respuesta.

Recuerdo que hacíamos un círculo de personas. En el centro, estaba la fogata que Juan Manuel el “traga fuegos”, había encendido antes de que llegáramos a la playa.

El tiempo fluía de una manera distinta a la que yo estaba acostumbrada, parecía que giráramos al contrario de las manecillas del reloj. Cada vez, yo me sentía más niña. Cada día, veía yo al tío Kazán, más joven. “Estábamos regresando en el tiempo”, pensé, pero preferí callar para no llenarme de más inquietudes de las que ya que tenía.

“¿A dónde habíamos ido a parar con Dora?”, me pregunté. En realidad, ¿en qué espacio y tiempo, transcurríamos en el día? Estaba confundida.

-“El tiempo es una ilusión, la más sólida y real de las ilusiones”, me dijo tío Kazán cuando decidí contarle mis pensamientos frente a lo que estábamos viviendo, Dora y yo.

-“Nada permanece, nada es, todo siempre está en movimiento”, me recaló el tío.

Eso ya lo sabía yo, que había estudiado y leído muchos libros de la biblioteca de papá, pero era distinta esta vivencia. Por más que intentaba comprender, no lograba sino una rara frustración. Era como estar en un sueño, despertar, recordar el sueño y entrar en otro sueño.

-“El tiempo, mi querida Rebeca, vive su propia vida, su paso ocurre paralelo a nuestra vida”, me señaló el tío Kazán, un tanto preocupado por mis preguntas.

Esas explicaciones del tío Kazán me hicieron aún más desconfiada de todo lo que veía, en verdad sentí que estaba parada, en el umbral de un agujero negro; es más, creo que vivía en un agujero negro de los que dicen que hay en el universo y allá, el tiempo era cero, según me explicó don Napo y, así, me sentía yo... en un cero.

En el estado y lugar en que nos encontrábamos, todo podía suceder. Todo lo que imagináramos, estaría allí. Era el estado de la pura realidad, como decía el tío Oscar... ¡Vaya que enredos!

EL ENCUENTRO CON LA SIRENA

Estábamos una mañana, Dora y yo...mirábamos el horizonte de nubes que se levaban por encima de los oleajes mañaneros, cuando de repente vimos nadar, en dirección nuestra, a una mujer de una cabellera enorme que parecía la proa de una embarcación. Dora estaba recostada en la arena, tenía sus patas metidas en la arena húmeda y se entretenía dejando que los cangrejos escalaran por su cuerpo.

-“Mira, parece una sirena”, me dijo Dora, que siempre le habían fascinado esas figuras del mar.

-Yo no atinaba a decir nada, simplemente espere que estuviese más cerca. De pronto, de un salto, aquella mujer vino hasta nosotras. Efectivamente, era una sirena como las que aparecen dibujadas en el libro de mitologías marinas de mi tío Oscar.

-“Buenos días”, nos dijo.

Dora sonrió y se irguió lo que más pudo, con toda la dificultad de sus movimientos, pero parecía clavada en la arena.

- “Bienvenida”, le dijo...ya había preguntado por las sirenas...”es primera vez que yo vengo al mar”.

-“¿Eres una cama? le pregunto la sirena, que estaba forrada en algas y escamas azules que brillaban bajo el sol.

- “Sí, soy Dora, la cama familiar”. Dora me miró como pidiéndome aprobación para su respuesta. Le arquea las cejas en un sí.

-“Sí... sí... es Dora la adorable Dora”, dije. “Y yo soy Rebeca, su acompañante”.

La sirena tenía un rostro hermoso, parecía una niña y, a veces, en otros momentos, una jovencita y cuando la mirabas de refilón, era como una señora. Su rostro realmente era un encanto, no podías dejar de mirarla, así estuviera ella en silencio.

Dora estaba más que fascinada. Le contó de cosas de la casa que hicieron reír a la sirena. Le conto del señor río y le preguntó que si ella, que andaba entre las aguas, no sabía algo de él. Era una eterna preocupación de Dora, saber sobre los personajes de su pasado.

La sirena relató que tenía cientos de amigos ríos y le dijo que sus parientes, las sirenas de río, a veces, bajaban hasta los mares y contaban historias. Le prometió que la próxima vez que sus parientes vinieran, les preguntaría por el señor río.

Dora sintió que esa era una promesa y quedó tranquila.

El mundo que describía con tanta naturalidad, la sirena, me tenía aturdida. No era cierto esto que tenía antes mis ojos y, aún más increíble, era lo que ella nos platicaba.

-“Es una suerte haberlas hallado a ustedes”, nos dijo. Saben, ya nadie cree en nosotras y por eso, no nos ven cuando nos acercamos a las playas”.

“¿Cómo así?”, pregunté yo

-“Pues que siempre estamos aquí, somos miles las que venimos a las playas, pero las personas ya no creen en lo invisible y no nos ven y, por más esfuerzos que hacemos por llamarles la atención, se hallan distraídos, acostados en las playas como focas al sol”.

-“¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡focas al sol! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué chistoso eso!”, dijo Dora que celebraba con entusiasmo cualquier movimiento o frase de la sirena.

Nos contó también de su reino que estaba bajo las aguas. Se llegaba a él, atravesando un túnel de cristal. “Todo en el mundo marino esta comunicado; podemos ir de aquí hasta el otro lado del océano a través de esos túneles de cristal”.

Me imagine aquellos túneles y me dio gusto saber tantas historias que de seguro contaría cuando regresara. Ésta no, me la habría prohibido contar Dora... ja, ja, ja...lo haría.

Lo cierto es que pasamos muchas horas hablando con la sirena, cuyo torso y cola no eran de pez, como siempre las han dibujado, eran hechas de una material trasparente y flexible, muy parecido a las olas. Estaban hechas de agua. Eso concluí. Las sirenas eran formas del agua. Era un nuevo descubrimiento.

Dora se sentía a sus anchas cuando su nueva amiga la sirena se posó sobre ella. Fue un abrazo hermoso. Ambas eran fenómenos de la vida que ahora se fundían bajo un sol que declinaba y dejaba ver las estrellas de colores de los barcos que se perdían en la distancia.

Dora la arropó con la colcha que le había regalado don Napo. En la mirada de la sirena pude ver el profundo agradecimiento por ese gesto. Dora acogía en su regazo de madera esta forma del agua que ondulaba y ondulaba como cientos de hilos en el viento.

Hay muchas cosas de ese encuentro con la sirena que no puedo contar por la promesa que le hice a Dora. Lo único que me fue permitido contar, es que Dora quiso irse al fondo del mar a conocer los túneles de cristal.

-“Es imposible”, dijo la sirena. Cuando tengas una nueva forma, podrás viajar con nosotras y conocer todos los mares.

- “¿Cuál nueva forma?”, preguntó Dora.

-“Pues cuando ya no seas tú misma, cuando te hayas desintegrado por completo”.

-“No entiendo”, dijo Dora, con cierta preocupación.

-“Cuando cumplas tu tiempo... me comprendes”, insistió la sirena.

- “Quieres decir que yo algún día no voy a estar, que moriré algún día”, dijo Dora, consternada, mirándome con cierta desazón.

-“Así es, mi querida amiga, Dora”, todo se diluye, todo se transforma. Debemos prepararnos para los infinitos viajes de nuestras múltiples formas.

-“Creo que ahora te entiendo menos”, dijo Dora.

-“Cuando ya no estés...no te vas...adquieres... es otra forma”.

-“¿Esa es la muerte?”, preguntó Dora. “O es como... cuando fui canoa”.

-“Sí...algo parecido...esa es la muerte... no es un paso a algo...no es un fin...es la adquisición de una nueva forma en el universo”.

- “¿Puedo ser lo que quiera?”, dijo Dora con voz de niña.

- “Más que lo que quieras...serás lo que necesites ser”.

“¿Y cómo lo sabré, sirenita?”, dijo Dora aún, conservando su voz de niña.

-“Tu energía, lo determinará...no tienes que pensarlo, sólo será”.

Yo miré a Dora, parecía atolondrada con estas palabras de la sirena, aunque en los días de la fogata parecía saberlo todo. En fin, así era mi adorable Dora. Por la sonrisa que esbozó Dora, creo que había entendido.

-“¡Pondré volver a ver a mi hermana la marimba!”, dijo alegremente.

-“Si ella esta, la veras”, dijo la sirena y se lanzó al agua de un solo salto.

Fue tan imprevista su retirada, que ambas quedamos desconsoladas. Nos faltó preguntarle tantas cosas. Eso sentimos cuando miramos la estela de burbujas que dejó cuando hundió su larga cabellera en los remolinos que hacían las ballenas.

EL DRAGON MARINO

Finalizando la tarde del segundo día, uno de los malabaristas divisó, a lo lejos, en el mar, una gran tromba de agua que venía directo hacia nosotros. Todos corríamos porque creímos que era un tsunami.

Dora trastabilló y, como pudo, alcanzó el terraplén de arena y roca. Desde aquel alto, vimos como emergía la figura de un dragón marino.

Don Napo celebró con aplausos y gritos la formidable presencia de ese espécimen de los cuentos y de las leyendas. Según él, era algo que debíamos agradecer; el asistir a la contemplación de unos de los monstruos más bellos que la imaginación ha creado. Así, dijo don Napo.

El monstruo medía como siete metros de alto desde su cuello a la cabeza, era gigante y a su alrededor, las aguas hacían furiosos remolinos. Por primera vez, tuve miedo. Éste era un mar extraño, al que habíamos llegado. Yo siempre imagine unas vacaciones, bronceándonos y tomando agua de coco, bajo las carpas playeras, pero esta playa era bastante extraña, para mis gustos de turista.

A pesar de la bruma que había, la figura del dragón se veía casi nítida. Tenía un hocico grande, por no decir inmenso y protuberante. Los ojos, grandísimos y saltones me impresionaron por completo. De un momento a otro, se zambulló de nuevo en el agua agitada.

Dora gritaba como enloquecida y de nuevo, volvió a emerger, acercándose más a la playa. Entre las olas, veíamos su cuello y parte de su torso lleno de gruesas escamas.

Dora y don Napo caminaron hasta la orilla

-“Esto hay que verlo de cerca”, dijo don Napo.

Un séquito de artistas del circo, incluido tío Kazán, lo acompañaron. Yo no me atreví a moverme del sitio donde estaba. Estaba asombrada y con todo el miedo del mundo.

Dora caminaba apresurada como nunca lo había hecho. Allí estaban sus monstruos, sus leyendas de mar que tanto ella añoraba y por ese mar, plagado de extrañas criaturas, había emprendido sus vacaciones.

-“Buenas noches”, dijo el dragón con una naturalidad que parecía inverosímil.

-“Noches”, gritaron todos los que iban en el séquito.

Yo no tuve más remedio que bajar hasta acercarme donde ellos estaban. Quedarme sola allá en el terraplén, tampoco era buen programa nocturno. La voz del dragón retumbaba como un mazazo de hierro.

-“¿Quién eres?”, pregunto Dora

-“Soy el dragón marino, me llamo Astrux”.

-“¡Lindo nombre!”, replicó Dora, que se balanceaba de un lado a otro para observar, de mejor manera, al dragón. Buscó un ángulo perfecto para mirarle a los ojos.

-“¿Qué haces por acá?”, preguntó don Napo.

-“Me di cuenta de que ustedes estaban aquí, por la sirena y vine a saludarlos...ja, ja, ja, ja, ja, ja”.

Todos rieron con el dragón. Era un dragón risueño y pensé: “Qué extraña manera de ser un monstruo”.

--“Es que ya nadie quiere saber nada de nosotros. Nadie nos nombra ya”.

Dora estaba más cerca del dragón que ninguno de nosotros.

-“Yo soy Dora, una cama que vino de vacaciones”.

-“¿Una cama?”, preguntó el dragón

-“Sí, así es, una cama familiar”, contestó muy ufana, la Dora.

El dragón no se contuvo y soltó una risotada que hizo levantar espuma de las olas. Su cabeza se bamboleaba de un lado a otro.

--“¡Que emoción ver una cama en el mar!” – dijo.

Y volvió a reír.

Tenía un fuerte sentido del humor este dragón, que pronto emergió totalmente del agua y se acomodó en la playa como un barco naufragado. De verdad era gigante y no sé cómo describirlo... pero la pasamos de lo lindo con él.

Era amigo de delfines, ballenas, pulpos, barcos fantasmas, que tanto le gustaban a Dora. Nos contó miles de anécdotas de su vida de monstruo y don Napo ordenó que los payasos hicieran un número circense para el dragonzuelo.

El dragón río y río como si no fuera acabar nunca de reírse de las monerías y de los payasos que se le subían en el lomo. Entrada la noche, dijo que debía irse. Se despidió con risas y burdas imitaciones de los movimientos de los payasos y se lanzó de nuevo al mar.

Todos quedamos con la sensación de haber conocido a un ser muy especial, que en nada se parecía a nosotros, pero que era realmente inolvidable.

Dora, un poco entristecida por la partida del dragón, se dejó llevar por los malabaristas. Se sentía cansada y no quería hacer más esfuerzos, caminando hasta las carpas en donde nos habíamos instalado.

EL REGRESO

Antes de regresar, Dora nos pidió a todos, que ella deseaba ser enterrada en la arena.

-“Lo he visto en fotos y quiero hacerlo”, me dijo

Para don Napo, los deseos de ella eran órdenes. Así fue, que el personal del circo, empezó a cavar en la arena un hoyo para que cupiera. El hoyo crecía y crecía. Los payasos y malabaristas empezaron a hacer piruetas sobre el hoyo. Unos caían en el interior y esto hacía reír a Dora. Yo me hice en una de las orillas de la gran zanja. Era tan gigantesca como ella.

Los expertos del trapecio la fueron bajando con una polea. Al principio, se ladeo y todos gritamos, pero al enderezarse, todo fueron risas y hurras. luego, empezamos a taparla con la arena entre bravos y aplausos. Le dejamos la cabeza descubierta y en su cabellera postiza ya brillaba la arena húmeda.

-“¡Que delicia!”, gritaba Dora.

Nos pidió que la dejáramos sola.

-“Necesito pensar, Rebequita”, me dijo, susurrando.

Nos alejamos todos y yo me concentré en mirar las olas que iban y venían, trayendo pedazos de conchas y trocitos de perlas. El tiempo pasó como un soplo, como dice la abuelita Betulia.

Estaba yo en esa tarea de observar el oleaje marino, cuando vi a los malabaristas y trapecistas tirar de los lazos y sacar a Dora de su escondite de arena. El tío Kazán jugaba a hacer castillos de arena. No vi a la mujer pequeña por ningún lado. A lo mejor, estaba peleada con él.

Pensé en Dora. Ella estaba feliz saliendo de entre la arena. Varios payasos con manoplas de hule la sacudieron. Botaba arena por todo lado. Ya todos habían recogido los enseres y se habían desmontado las carpas. Parecía el fin de todo nuestro viaje.

La caravana partió al final de la tarde y a través de los agujeros, que tenía la lona del furgón en que viajábamos, pude ver las primeras estrellas, casi transparentes, en el cielo azul del trópico.

La mayor parte del viaje, la pasé dormida. Al despertar pregunté por el tío Kazán al “atrapa fuego”. Según él, mi tío había vuelto a desaparecer.

En un rinconcito del furgón, estaba la mujer pequeña, sollozando. Me acerqué a ella y en su jerigonza de gitana, me gritó: “¡maldito, bastardo, malo!” y escupió a mis pies. Durante el resto del viaje, permanecí alejada de ella.

El “traga fuegos” me entregó una nota que el tío Kazán había dejado para mí. La leí.

“Querida Rebeca, mi adorada sobrina, he de irme de nuevo. Stella, la bailarina de mambo ha conquistado mi corazón y me fugo con ella. No le hagas caso a Úrsula. Saludos a todos. Un besote a Dora. Tu adorado tío Kazán”.

Así decía la nota y al fin, supe cómo se llamaba el antiguo amor del tío. Sentí nostalgia sin él. La caravana esta vez no se detuvo. Nada sabía de Dora, que viajaba en el furgón de lujo.

EL PUEBLO Y LA DESPEDIDA

Al amanecer, vi bordear el horizonte sobre la montaña, en donde se levantaba mi pueblo. Las luces públicas aún estaban encendidas. El corazón me palpó muy fuerte. De nuevo en casa, me imaginé el alboroto que armarían al vernos llegar.

Aunque la caravana fue silenciosa, muchos niños y sus padres salieron a nuestro paso. Varios perros nos siguieron largo rato, ladrándonos.

Le dije al “traga fuegos” que le pidiera a don Napo, que nos llevara hasta la casa. En un santiamén se dirigió al furgón de lujo. Cuando regresó, me dijo que ya Dora le había indicado la dirección. Esa Dora tenía tantas ganas de regresar a casa como yo. ¡Mi adorada Dora!

Cuando estuve frente a mi casa, no sé porque lloré y salte rápido del furgón. Toqué la puerta y la algarabía de Luna, mi perra snauzer, no se hizo esperar. También Lulú, la French poodle, empezó a gemir cuando me olfateó bajo la puerta. Manyula, la labrador, me observó por la ventana.

Papá abrió y nos dimos el abrazo más grande que ambos nos hemos dado en vida. La algarabía de todos no se hizo esperar. Despertamos a los vecinos, que de inmediato alzaron sus cortinas para ver nuestro “regreso”.

Después, los primos y primas hicieron un gran estruendo alrededor de los furgones. Los primeros que bajaron, fueron los payasos, haciendo monerías como siempre y persiguieron al tío Salomón con un bate plástico. Se armó tremenda guachafita.

Entre tanto, don Napo ordenó bajar a Dora. Casi toda la familia, se abalanzó sobre ella, menos yo que estaba feliz abrazando a papá y mamá, que no dejaban de mimarme.

Dora aun tenía restos de arena en el vestido y la peluca. Prefirió no entrar aún, creo, que recordar sus dificultades al salir de viaje.

Empezó a relatar el viaje. Mi papa entró en cólera con lo de la “poli.” Mi mamá logró calmarlo y Dora pudo continuar el relato. Me pareció que Dora contaba cosas que no habían sucedido. Es más, creo que inventaba y exageraba. Le hice el comentario a mamá. La “tátara” Esneda que me escuchó, me dijo:

-“Aunque anduvieron juntas, cada una hizo su propio viaje, es el viaje de ella, Rebequita y nunca un viaje, se parece a otro”.

No protesté y callé todo el tiempo que duró la narración de Dora. Todos, en silencio, la escuchamos. Inclusive, algunos vecinos se acomodaron para escucharla, entre incrédulos y chismosos. Se divertían con las hazañas que Dora, la adorable Dora, relataba.

Decidí entonces ir entregando las conchitas de mar que había traído. Era mi único regalo para la familia.

-“Se oye el mar al ponérmelas en el oído”, me dijo mamá, dándome un beso en la frente. Mi hermanita Karla, cuando la recibió, puso como cara de...y esto...ja, ja, ja, ja. Esperaba más, supongo ahora.

Cuando terminó el relato, papá agradeció a don Napo su amabilidad con nosotras y pidió, ahora sí, a Dora, a la adorable Dora, que entrara en casa.

Dora nos miró a todos, uno por uno. Se veía radiante.

-“No me quedaré, quiero seguir viajando. Quiero ser una estrella hasta que la tierra lo permita”, eso dijo Dora, “a boca de jarro”, como decía mi tío Edison.

Un silencio, nunca sentido en casa, se apoderó de todos.

-“Pero, Dora...¿piensas en abandonarnos?”, dijo papá. Le temblaba la voz.

- “No los abandono, simplemente, quiero seguir viajando. Siempre, siempre, los recordaré en mi corazón”, contestó Dora, sacudiéndose un poco su peluca.

“¡Déjala!, ¡déjala!, ¡déjala!” dijo la “tarara” Esneda. “¡Es su nueva vida!” añadió.

Nunca vi tan triste a papá. Dora se fue despidiendo de cada uno de sus parientes. El que casi enloquece fue Abundio, el “despistado”, se echó a llorar en un rincón del patio.

-“Ya encontrará otra manera de ser feliz”, dijo Dora al verlo así.

Esto parecía imposible...pero estaba sucediendo...Dora... la adorable Dora...era subida al furgón de lujo de don Napo. Dora se marchaba para siempre de nuestras vidas.

-“¡Rebeca!” me gritó Dora... “Has sido una compañera de viaje inolvidable... y por favor rompe ese maldito cartón de identidad...” eso fue lo último que le oí... decirme.

La caravana arrancó y solo el pitazo de uno de los payasos acompañó la despedida. Papá lloraba en el hombro de mamá.

-“Cálmate, así tenía que ser”, le decía ella.

Alcance a ver doblar la esquina a la caravana del circo Andrómeda...una constelación de estrellas...que en su furgón de lujo se llevaba mi corazón de los últimos días. Dije adiós en voz alta.

En la tarde, en casa, todo volvería a la normalidad de siempre. Bueno, es un modo de decirlo.

FIN



**Acta del jurado calificador del XXI concurso Colección de Autores Vallecaucanos
Premio Jorge Isaacs**

El día 6 de octubre de 2018 se reunió el jurado calificador del XXI Concurso Colección de Autores Vallecaucanos, Premio Jorge Isaacs, compuesto por Irene Vasco, Alice Castaño y Beatriz Helena Robledo. Bajo los siguientes parámetros evaluaron las 14 obras recibidas:

1. Calidad literaria, entendiendo por ella: verosimilitud, estructura coherente, consistencia de los personajes, lenguaje, ritmo narrativo.
2. Historias aptas para los lectores definidos por las bases del Concurso (6 a 12 años)
3. Elementos de forma, entendiendo por esto: coherencia, ortografía, puntuación, etc.

Teniendo en cuenta lo anterior, el jurado calificador decidió otorgar el premio a la obra ***Dora se va de vaca***, firmada por el seudónimo Papin Escaramuza, por las siguientes razones:

- a. Originalidad de la historia
- b. Lo pintoresco de los personajes
- c. Manejo acertado del absurdo, lo que le da verosimilitud a la historia

Sin embargo, el jurado recomienda que la obra tenga un trabajo de edición, con el fin de mejorar algunos aspectos que afectan el ritmo de la historia y la pertinencia de algunos personajes.

Así mismo, el jurado recomienda a los organizadores:

1. Revisar las bases del Concurso en el sentido de reducir sustancialmente el número de páginas porque no se adecúa a los libros para niños.
2. Sería pertinente incentivar la escritura de estas obras, no con un concurso sino con una beca, en el que los ganadores puedan ser acompañados por escritores experimentados que les permitan crecer y madurar la creación de literatura infantil.

Siendo las 10.45 am se termina la sesión.



IRENE VASCO
CC 41.539.475



ALICE CASTAÑO
CC 29.121.423



BEATRIZ HELENA ROBLEDO
CC 24.318.430



Entidades aportantes:



